ISBN 978-84-92876-31-0

Miguel Hernández | Breve antología poética

ANTOLOGÍA VI

Miguel Hernández

Breve antología poética

DIPUTACIÓN DE JAÉN

Instituto de Estudios Giennenses

Colección:
ANTOLOGÍAS POÉTICAS

Fernando Millán
Ideogramas, emblemas y mitogramas. Antología poética (1965-2000)

Domingo F. Faílde
Testamento de náufrago. Antología (1979-2000)

Francisco Morales Lomas
Tránsito. Antología (1981-2005)

Antonio Carvajal
Del condestable cielo

Tomás Hernández Molina
Tres veces vino y se fue el invierno. Antología (2004-2009)

Miguel Hernández. Breve antología poética

MIGUEL HERNÁNDEZ

Breve antología poética

MIGUEL HERNÁNDEZ

Breve antología poética

Estudio introductorio de Dámaso Chicharro Chamorro

Selección de poemas, comentarios y biografía
de Francisco Escudero Galante

DIPUTACIÓN DE JAÉN

Instituto de Estudios Giennenses

Edita:
INSTITUTO DE ESTUDIOS
GIENNENSES

●

Colección:
Antologías Poéticas

●

© Instituto de Estudios Giennenses
© Dámaso Chicharro Chamorro, del estudio introductorio
© Francisco Escudero Galante, de la selección de poemas, comentarios y biografía

●

Diseño gráfico, maquetación e impresión:
Diputación Provincial de Jaén
Unidad de Diseño e Imprenta
Plaza de San Francisco, 2
23071 Jaén

●

I.S.B.N.: 978-84-92876-31-0
Depósito Legal: J. 108 - 2014
Impreso en España - Printed in Spain

MIGUEL HERNÁNDEZ RENACE EN JAÉN EN PLENO SIGLO XXI

«Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas».

Sirvan estos versos de Miguel Hernández escritos por la muerte de su compañero, Federico García Lorca, para expresar precisamente, la inmortalidad de la poesía y su vigencia en nuestros días. Porque nada perece si persiste en la memoria, y de esto, de memoria colectiva y recuerdo, tiene mucho que ver esta Antología Poética que la Diputación Provincial de Jaén publica con motivo, no de su muerte, hace ahora 72 años, sino de su renacer. Porque hoy, aquel poeta de Orihuela pegado a la tierra y sus gentes, nace en Jaén en pleno siglo XXI.

Desde el mes de junio de 2012, hemos trabajado con y por el legado de Miguel Hernández. Primero cuando fue elegido el poema «Aceituneros» como letra del Himno de la provincia de Jaén, haciendo oficial aquello que en el imaginario colectivo de los *andaluces de Jaén*, ya era oficioso. Y después, y gracias a la buena disposición mostrada siempre por los herederos del poeta, con la adquisición definitiva de tan valioso legado, un elemento cultural que proyecta nuestra identidad al mundo a través de la obra hernandiana y de la vinculación a Jaén de la figura de Miguel Hernández. Tal vez la perspectiva que solo ofrece el paso del tiempo nos permita evaluar el calado y la repercusión que para la provincia de Jaén y sus generaciones futuras, supone contar con los más de 5.400 elementos, entre los que se encuentran manuscritos, fotografías y objetos personales, de un poeta de relevancia, reconoci-

miento y ecos universales. Un legado que quedará para la posteridad en la provincia donde vivió los duros años de la Guerra Civil pero también, la provincia donde nació quien le robó el corazón en cada carta, su esposa Josefina Manresa.

Como cada una de las semanas que deshojan el calendario del año, contaremos los 52 poemas seleccionados con mimo por Francisco Escudero Galante, gestor cultural del legado de Miguel Hernández. Un poemario que permite al lector hacer un recorrido por la convulsa vida del poeta y sus etapas literarias, agrupadas según las cuatro estaciones: primavera, verano, otoño e invierno. Porque así, en reposo y lectura profunda, se sugiere el consumo de cada uno de estos versos, muchos de ellos conocidos por su trascendencia literaria y popular.

Además, junto a la publicación de esta antología que ampliará el rico legado de Miguel Hernández, se produce el bautizo del poeta en las nuevas tecnologías, las que ahora marcan el ritmo de los tiempos. Una página web específica sobre el patrimonio hernandiano que ahora reposa en Jaén, facilitará que su poesía llegue a esas nuevas generaciones que buscan y leen a través de una pantalla. En ella encontrarán la especial vinculación del poeta con nuestra provincia, descubrirán su legado inventariado por el Instituto de Estudios Giennenses, y sobre todo, se acercarán a alguien que sin ser de aquí, se sintió muy vinculado a los hombres y mujeres de aquel mundo rural de necesidad y hambre. Un poeta del pueblo, que pondremos precisamente, al servicio del pueblo, con la publicación semanal a través de las redes sociales de la Diputación de Jaén, de los poemas que aquí se recopilan, para que sean comentados y compartidos. En definitiva, para que su obra perdure en nuestra memoria y así, su poesía sea inmortal.

El olvido es la causa de la muerte y la provincia de Jaén, con el esfuerzo de sus instituciones y de sus gentes, recupera de ese olvido a quien renace con el aliento que transmite cada uno de sus versos. La fuerza de este poeta a quien dejaron morir arrinconado en la cárcel, se convierte ahora en semilla de progreso para nuestra tierra porque sus poemas nos hacen universales.

Francisco Reyes Martínez
Presidente de la Diputación Provincial de Jaén

FAMILIA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Cada nueva publicación de la obra de Miguel Hernández es un motivo de satisfacción para su familia porque es la constatación de que sus versos siguen vigentes y de que su ejemplo de vida continúa siendo un modelo a seguir. Pero en esta ocasión, la antología poética que ve la luz lleva consigo una carga de emoción y de novedad que le aporta un matiz especialmente entrañable para nosotros.

Es la primera publicación de la obra de Miguel que se hace con origen y sello de Jaén después de la llegada, hace ya casi dos años, del legado del poeta a la tierra de los «aceituneros altivos». Y digo que para nosotros, la familia del poeta, es especial porque es el resultado del cariño con el que la obra de Miguel ha sido acogida en Jaén, la receptividad que desde el primer momento encontramos en las autoridades de la provincia, con el presidente de la Excma. Diputación Francisco Reyes a la cabeza, y del alcalde de Quesada Manuel Vallejo como máximo representante del pueblo de Josefina Manresa. Ese cariño que nos demostraron nos dio la tranquilidad y confianza suficientes como para depositar el legado literario y personal de Miguel con plenas garantías. Y desde entonces, la relación no ha hecho más que consolidarse, porque esa apuesta sincera por el poeta se ha visto en cada una de las actividades que se han venido desarrollando, desde los talleres didácticos en los colegios, pasando por las múltiples conferencias de divulgación por toda la provincia y hasta las iniciativas de promoción del mejor aceite del mundo con el sello de Miguel y Josefina.

Ahora ve la luz la primera publicación y, solamente con el título, ya podemos apreciar que está hecha desde la sensibilidad, desde el reconocimiento al poeta y desde el compromiso de divulgación de su obra.

«**Breve antología poética: *VERSOS DE VIDA, DE AMOR, DE MUERTE*. Miguel Hernández, naturaleza de un corazón puro**». Efectivamente, Miguel fue un hombre de corazón puro, y esa pureza la supo transmitir plenamente en su obra para disfrute de todas las generaciones posteriores. Con su ejemplo, Miguel nos enseñó que la formación, la educación y la cultura son importantes para los pueblos, son su esencia. Nos demostró además que siempre hay lugar para el conocimiento y el aprendizaje continuo, y que la vida merece la pena saborearla desde la humanidad y sensibilidad de la poesía.

Miguel llegó a Jaén el 2 de marzo de 1937, y durante los meses que aquí estuvo cultivó una relación muy emotiva con sus gentes y sus campos, de hecho, ambos actuaron como inspiradores de muchos versos de compromiso social con los que el poeta quiso dignificar a los campesinos y al mundo rural en su conjunto. Ahora se ha reencontrado con Jaén, ha venido para quedarse y lo ha hecho de la mano del pueblo de su esposa.

Pero Miguel es y siempre será un poeta universal, sin fronteras. Por eso, Quesada es desde este momento punto de encuentro y de relación recíproca para todos aquellos que aman al poeta del pueblo, vengan de donde vengan.

Desde la emoción del recuerdo a Miguel y a Josefina, sirvan estas palabras para mostrar nuestro más sincero agradecimiento a los pueblos de las tierras de Jaén.

Fdo.

Herederos de
Miguel Hernández y Josefina Manresa

MIGUEL HERNÁNDEZ, POETA UNIVERSAL, GIENNENSE DE ADOPCIÓN

Cuando se comienza a estudiar algo de Miguel Hernández, del cual ya existe más que suficiente bibliografía, albergamos el temor de introducirnos en lo abstruso y complejo, difícil en su aparente facilidad, valga la paradoja; aunque en el fondo, cuando se hace con cariño, no entraña tanta dificultad, pues son ya muchos los años en que venimos ocupándonos del llamado «teatro poético», etiqueta con la que nos entendemos bien y al que se atribuyeron todas las piezas teatrales en verso, desde Marquina a los Machado, Ardavín, García Lorca y hasta la culminación, que sería Miguel Hernández. La experiencia nos dice que todos ellos coinciden en algo sustancial: comienzan escribiendo en verso, avanzan cultivando el verso y la prosa en la misma obra y concluyen al final con obras totalmente en prosa, aunque sin duda las que mejor reconocemos todos están en verso. Así sucede con Miguel Hernández que de las siete obras teatrales que escribió, cuatro están en verso y después, sin solución de continuidad, aparece la prosa, aunque introduciendo en ella formas intermedias que conocemos muy bien quienes hemos prestado alguna atención a este aspecto de su obra: los «metricismos» intencionados. Sucede lo mismo en los demás autores precitados.

La pregunta inmediata sería: ¿por qué comenzamos hablando de su teatro si lo que pretendemos conocer más a fondo es su poesía? Respuesta evidente: porque sin su teatro no se entiende su lírica. Un ejemplo clarísimo: sin *El torero más valiente* (obra dramática, de 1934) no se entiende *El rayo que no cesa* (su mejor obra lírica, de 1936). Ahora bien, asusta un poco volver –insisto– sobre un asunto tan trillado como la poesía de Miguel Hernández, a la que se ha prestado más que sufi-

ciente atención y cuenta con estudios de primer nivel, desde los de Juan Cano Ballesta o Agustín Sánchez Vidal hasta los de Díez de Revenga y los múltiples que, con motivo del centenario celebrado en 2010, se han escrito en todos los lugares del Planeta.

Por eso nuestro propósito será más modesto: reinterpretar desde un prisma nuevo los aspectos fundamentales de su obra, emitiendo algunos juicios sobre poesía y su teatro, porque éste supone el inicio formal y plástico de lo que será su obra poética más granada, la que todos conocemos y por la que ha adquirido fama universal. Me refiero, obviamente, a *El rayo que no cesa*. Esta obra, ya de 1936 como decimos, es la culminación formal e incluso temática de lo que viene gestándose para el teatro desde otra perspectiva, que define, aclara y sintetiza lo que con gran afán viene cultivando entre los años 1933 y 1935 y que desembocará inexorablemente en ella, que tiene incluso una construcción «teatral», si se me permite.

Ahora bien, en el año del centenario (2010) se acumuló en torno a su obra tal cantidad de materiales, que hoy tenemos verdadera dificultad para movernos con soltura. No hay más que acceder a cualquier página dedicada al centenario (por ejemplo, «Miguel Hernández - multimedia - centenario - homenaje al poeta») para comprobar que sobre su vida y su obra se ha escrito como si se tratara –y probablemente sea así– de un acontecimiento de relieve mundial. Asusta un poco que sólo constatando lo que se realizó en el mes de abril por ejemplo, se hablara de siete exposiciones, un fórum internacional de música en Orihuela y homenajes en Córdoba, La Unión, Cartagena, Fuenlabrada, Rivas, Valdemoro, Madrid, Vélez-Málaga etc. etc. Y eso sólo en un mes. A ello hubo que añadir múltiples exposiciones que se le dedicaron y pudieron contemplarse en los lugares más distantes del mundo. Y a ello se añaden otros múltiples homenajes que se le tributaron, como el de Córdoba, dentro del Seminario Internacional Miguel Hernández y otros varios más que se citan allí con todo detalle. Y esto no es más que una mínima constatación, absolutamente parcial, en la que no debe faltar la cantidad de actos que se celebraron en América; en concreto en Puerto Rico, donde estaba prevista hasta la grabación de un disco con todos los poemas del autor musicalizados y declamados por artistas puertorriqueños. Y ésta no es más que una mínima referencia de lo mucho y bueno que se realizó.

Algunos artículos de especial interés que se citan están hoy absolutamente vigentes; por ejemplo, «Buscando a Josefina Manresa en Quesada», «Carta de Miguel a Juan Ramón Jiménez», «El toro en la obra de Miguel Hernández», «Infancia y juventud de Miguel», «Las huellas de Miguel en Andalucía», «Las mujeres en la vida del universal poeta», «Los dos cuentos de Miguel a su hijo», «Miguel Hernández y Juan Chabás», «Miguel Hernández: poesía que brota de la herida», «Miguel Hernández, la fuerza de la palabra», «Miguel Hernández miliciano de la guerra civil», «Vicente Aleixandre y Miguel Hernández, una leal amistad», «Pablo Neruda y Miguel Hernández, un idilio poético», «El segundo viaje de Miguel a Rusia», etc., etc., etcétera. Prometo no abrumarles más.

Me he limitado a copiar unos mínimos datos para que el lector tenga un punto de referencia acerca de lo que se montó con motivo del centenario, que existen incluso páginas completas dedicadas a aquellos homenajes que nos permiten entender el enorme interés, la excepcional difusión y la universalidad de esta figura, a la que llegó hasta dedicársele una etapa de la Vuelta ciclista a España y, lógicamente, las universidades españolas, y en particular las levantinas, se ocuparon, como es lógico, del autor desde una perspectiva más seria y comprometida; este fue el caso de la Universidad de Murcia, algunos de cuyos trabajos tuvieron relevancia de primer nivel mundial. El crítico Díez de Revenga, a quien conviene seguir en su excelente estudio *Un cósmico temblor de escalofríos*, título hernandiano donde los haya, dice así: «En pocos casos es tan interesante la vida de un poeta contemporáneo para comprender su obra como en el de Miguel Hernández, cuya trayectoria existencial, desde orígenes escasamente cultivados hasta un final patético, pasando por espacios de autoformación cultural y de compromiso político activo, tanto ha llamado la atención de los numerosos estudiosos que a su obra se han aproximado. Poeta excepcional, de gran fuerza y vitalidad juvenil mantenida siempre, fue también atento escucha de las novedades literarias más avanzadas de su tiempo, que le capacitaron para crear una poesía innovadora en cuanto a su formación, y personal en lo que a su ejecución se refiere, aunque siempre queda la duda de lo que el futuro de un poeta, muerto a los treinta y un años, podía habernos deparado». Así se dice en tan espléndido libro, conjunto de estudios sobre Miguel Hernández, edición de Díez de Revenga y Mariano de Paco, Fundación CajaMurcia, 2010. En este trabajo se insertan valiosos estudios de diversos aspectos, desde aquellos

que relacionan a «Las mujeres en la vida del universal poeta» hasta los que nos hablan de «Miguel Hernández y los toros» o el de Gómez Yebra sobre «Miguel Hernández y los poetas malagueños» o el de Francisco Florit «Miguel Hernández y la tradición áurea: la Égloga a Garcilaso» o el de José Carlos Rovira «Miguel Hernández y el itinerario hispanoamericano». Digno de ser destacado es el del propio Díez de Revenga, «Miguel Hernández y los poetas españoles de la posguerra», que supone una aportación definitiva y con esto no hago más que referir lo último que conozco de primer nivel, que se completará con tantos otros estudios que han surgido en diferentes entidades, sean universitarias o no.

Como dicen ambos autores, «en un escritor de tan corta existencia es raro establecer tantos espacios distintos como en Miguel Hernández, espacios que nos permiten asistir a diferentes momentos de una obra tan múltiple como variada y breve al propio tiempo, tan reconcentrada como intensa. Y la explicación hay que hallarla desde luego en la intensidad de su existencia y en las múltiples experiencias vitales que definieron su poesía: su gran capacidad de creación y su extraordinaria vitalidad.

Para acceder al conocimiento de su trayectoria hay que tener en cuenta la gran permeabilidad de un escritor que es capaz de asumir diversas influencias determinadoras de su personalidad a través del tiempo y forjadoras también de su originalidad incuestionable; entre el gongorismo, la escuela de Calderón, la huella de Quevedo y Garcilaso, la presencia de Pablo Neruda y Vicente Aleixandre, hasta integrarse en la poesía épico-lírica de la guerra y la oscura experiencia de la cárcel». Creo que con esta cita es suficiente. Pero quisiera constatar un dato que debemos tener en cuenta: mi convicción personal de que para él la poesía era importante, decisiva, sí; pero que su verdadero medio de vida «vocacional», tal como pensaba desde su infancia y adolescencia, era el teatro, como forma de salvación e influencia, desde que asistía a las escuelas del Ave María (1921-1923), cuando recitaba poemas de Juan Ramón Jiménez, cuando empezaban sus primeras «experiencias de recitador y de actor». Estaba convencido de que el teatro iba a ser su mundo y entronque decisivo, hasta el extremo de que escribe a Josefina Manresa desde Rusia, cuando asiste a aquel famoso espectáculo que tanto le impresionó, diciéndole que se ve dedicado profesionalmente al teatro, que es la actividad que más le atrae y a la que piensa consagrar lo mejor de su esfuerzo en cuanto se libere de las ataduras que en

aquel tiempo lo tenían sujeto. Un ejemplo: desde Leningrado, el 14 de setiembre de 1937 escribe a Josefina entusiasmado por lo que ve en el V Festival de Teatro Soviético: «Cuando vuelva a España no me dedicaré más que a mi trabajo de teatro y no voy más al frente». Es frase rotunda y clara. Así esperaba liberarse de las penurias económicas que entonces lo atenazaban porque, como es de sobra sabido, todos los autores de aquella época tenían bien claro que la salvación económica para un escritor vocacional no estaba en la poesía. ¿Qué dirían hoy?

Pero lo cierto es que en la actualidad el teatro de Miguel Hernández es casi ignorado por la mayoría de los lectores de su poesía, que somos todos. Por supuesto que los círculos comerciales privados o públicos hace muchos años que desistieron de representarlo, por dudar de la viabilidad comercial y artística de cualquier montaje de su obra. La figura y la importancia literaria de Miguel Hernández se fundamentan en su producción poética. De ello no cabe la menor duda. Estamos totalmente de acuerdo en que, si Hernández sólo hubiera escrito el teatro que conocemos, no es arriesgado afirmar que hoy nos interesaría mucho menos como autor literario y que probablemente no habría pasado a los manuales de literatura. Reconoceríamos, en todo caso, la calidad poética de los versos de sus piezas, como reconocemos la valía de los versos de Eduardo Marquina.

El primer contacto de importancia con la literatura de Miguel Hernández arrancará de las letras españolas del Siglo de Oro, Lope y Calderón en primer término, que modelaron tanto su capacidad poética como teatral. Posteriormente su relación con los poetas del 27 fue decisiva para su evolución literaria; sin embargo, de aquellos poetas que pretendieron el cambio teatral, como Lorca o Alberti o Salinas, sólo uno logró escribir un teatro renovador de calidad (Lorca). Los demás no pasaron de meros intentos. Insisto en el teatro porque de ahí parte su poesía y esto hay que reconocerlo así. La obra de Miguel Hernández nace de esa confluencia de las nuevas corrientes con la literatura clásica, especialmente Lope de Vega, y el teatro modernista. Así lo señala Jesucristo Riquelme, buen conocedor de su obra.

La personalidad del poeta se transformará radicalmente en un corto espacio de tiempo y este cambio se nota en su producción artística en el año 1933. Hasta ese momento se hallaba influido y armonía con su amigo Ramón Sijé y todo lo que él representaba en el orden religioso y humano. En el año 1936 su postura vital y artística está con

Neruda y el ambiente de la revista *Caballo verde para la poesía*; o sea, ha cambiado de medio a medio. Esta evolución personal arrastra a su obra; mientras que como poeta Miguel Hernández había alcanzado ya la madurez técnica para adaptar su quehacer literario a su nueva postura vital, su otra producción no estaba suficientemente asentada en el conocimiento de la técnica dramática. Eso produjo en principio unas piezas poco consistentes. Cuando alcanza cierta perfección formal, ahora ya menos pendiente de influencias, es en *El labrador de más aire*, y por supuesto en plena Guerra Civil, cuando su compromiso personal con la República le hace escribir el *Teatro en la guerra,* conjunto de piezas (*La cola, El hombrecito, El refugiado y Los asentados*) donde defiende a ultranza los valores en los que creía y alienta a los combatientes con el propósito de la pura arenga militar.

No bastante, a esta altura de nuestra exposición, debemos entender ya que la gran obra literaria de Miguel Hernández es la lírica, comenzando por *Perito en lunas*. Antes, desde diciembre del 1931, había intentado «conquistar Madrid» con unos pocos poemas y unas recomendaciones que de poco le sirvieron, aunque ya a dos revistas literarias (*La Gaceta Literaria y La Estampa*) publican algunos de sus versos e incluso obtiene un empleo y cierto apoyo oficial para el que llamaban «cabrero poeta». Es su primera aventura madrileña. Pero el tiempo pasa y, a pesar de la ayuda de un puñado de amigos oriolanos, tiene que volverse fracasado a Orihuela. La poesía no daba para más. Pero al menos pudo tomarle el gusto a los círculos literarios de la capital, que le inspiran su primer libro de verdadera calidad, el libro gongorino y deslumbrante por excelencia: el citado *Perito en lunas,* de 1933, espléndido ejercicio de la lucha teórica y retórica con la palabra y la sintaxis, que manifiesta una extraordinaria voluntad de estilo y una fuerza poética inusitadas. Tras esta obra el poeta ya está formado: ha logrado esa capacidad para hacer de la lengua un instrumento manejable a su antojo. Cuando vuelve a Orihuela continúa sus intensas lecturas, sigue escribiendo poesía y sus amigos incluso le preparan alguna actuación en público, como aquélla que tuvo lugar en el casino de Orihuela, recitando y explicando su «Elegía media del toro» e incluso en Alicante, ya más ciudad, donde interpreta la misma elegía, seguida de una espléndida conferencia de Ramón Sijé, su gran amigo de entonces, sobre *Perito en lunas*. Tan importante fue, que la prensa local se hizo eco de aquel acontecimiento literario y, en cierto modo, alimentó las ansias de celebridad del poeta oriolano. Esto propiciará su segundo viaje a Madrid. Ya había cono-

cido a Josefina Manresa. Sus vivencias ahora van hallando formulación precisa en una serie de sonetos que desembocarán en el tal vez mejor libro poético del siglo XX, *El rayo que no cesa*.

La lectura de Calderón le había inspirado una especie de auto sacramental, que es *Quién te ha visto y quién te ve*, publicado por la revista *Cruz y raya*, que ahora sí le abrirá las puertas de Madrid para esa segunda llegada, en la primavera de 1934. Allí podrá mantenerse al menos, gracias a un trabajo ofrecido por José María de Cossío para recoger datos con vistas a su famosa *Historia del toreo*. Ya se va haciendo de un círculo de amigos, entre los cuales destacan Manuel Altolaguirre, Rafael Alberti, Luis Cernuda, María Zambrano, Vicente Aleixandre y Pablo Neruda. Entre ellos intenta «vender» algunos números de la revista *El gallo crisis*, fundada por su amigo Ramón Sijé, pero tiene que constatar que aquélla no gusta mucho a sus nuevos amigos e incluso supone el rechazo abierto de Pablo Neruda. Había que elegir entre un mundo y otro. Y Miguel Hernández eligió la influencia consciente de Neruda y Aleixandre, que lo iniciaron en el surrealismo y le sugirieron, tanto de palabra como con su propio ejemplo, las formas poéticas revolucionarias y lo que se llamó luego «poesía comprometida», influido sobre todo por Pablo Neruda y Rafael Alberti, cuya filosofía social y política traspasaron íntegramente al joven poeta que venía «de provincias». Evidentemente esto supuso la crisis pero, superada ésta (todo pasa), Miguel Hernández está ya hecho como poeta y comienza a escribir lo más logrado y genial de su obra, por lo cual se le conoce en el mundo entero.

No obstante, el estallido de la Guerra Civil le obliga a tomar decisiones, pero ahora no de manera «poética» sino de real compromiso definitivo. Miguel, sin lugar a dudas, las toma con entereza y entusiasmo por la República. No solamente se entregará como persona, sino que también su poesía se vuelve armada, de denuncia, testimonio e instrumento de lucha entusiasta, ya de manera silenciosa ya comprometida. Se incorpora al 5.º regimiento, se le envía a hacer fortificaciones en Cubas, cerca de Madrid. Emilio Prados, su amigo, logrará que se le traslade a la 1.ª Compañía del Cuartel General de Caballería. Como comisario de cultura pasa por diversos frentes. Pero en plena guerra logra escapar brevemente hacia Orihuela con el fin de casarse, el 9 de marzo de 1937, con Josefina Manresa. Aunque parezca increíble sigue escribiendo poemas de amor. A los pocos días tiene que venir al frente de Jaén. A

ello haremos ahora alguna referencia especial. Sigue una vida agitada, de continuos viajes y de actividad literaria. Y todo esto en medio de la tensión de la guerra, que le ocasiona una anemia cerebral aguda, la cual le obliga, por prescripción médica, a retirarse a Cox, cerca de Orihuela, para reponerse. Allí compone esas obritas que hemos citado y que se conocen como *Teatro en la guerra* y, sobre todo, dos libros de poemas que quedarán para siempre como testimonio del dolor de ese momento: *Viento del pueblo,* de 1937, y *El hombre acecha*, de 1939, espléndidamente editada y estudiada por Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, así como parte del *Cancionero y romancero de ausencias* (1938-1941).

En la primavera de 1939, cuando ya se ha producido la desbandada general del frente republicano, Miguel pretende cruzar la frontera portuguesa, pero no lo consigue. Y así comienza su larga peregrinación por cárceles: Sevilla, Madrid. Su vida se va agotando poco a poco en las prisiones de aquellos meses posteriores a la guerra. Inesperadamente, a mediados de setiembre del 39, se le pone en libertad gracias a la intercesión de otros amigos, que también los tenía. Pero arrastrado por el amor que siente a su tierra, se dirige a Orihuela, donde es encarcelado de nuevo. El poeta –como dice lleno de amargura– sigue «haciendo turismo» por las cárceles de Madrid, Ocaña y Alicante. Parece como si viviera como dijo en su poema: «Con tres heridas yo:/ la de la vida,/ la de la muerte,/ la del amor»; hasta que se le declara aquella fatídica tuberculosis pulmonar, de proporciones tan alarmantes, que resultó imposible trasladarlo al sanatorio penitenciario. Y así, entre dolores, hemorragias y golpes de tos, se va consumiendo inexorablemente, hasta que el 28 de marzo de 1942 muere, exactamente a los 31 años. No deja de escribir hasta los últimos momentos.

Importa ahora seguir su evolución poética. Siempre se ha dicho que es poeta «de afición», al que la gran fuerza y vitalidad juvenil, mantenida siempre, a la vez que atento a las novedades literarias más avanzadas de su tiempo, le permitieron crear una poesía innovadora en cuanto a su formación y personalísima en su ejecución, aunque nos queda la duda, como dice Díez de Revenga, del futuro de un poeta que muere tan joven. Porque está claro que, si bien logró, como nadie de su tiempo, en el que tantos y tan buenos poetas hicieron su aparición en España, crear una obra personal y única en las distintas facetas que cultivó, no es menos cierto que su producción comenzaba a madurar precisamente cuando sufrió las dos grandes calamidades que la delimi-

taron y la condujeron por caminos inesperados: la guerra y la cárcel. «La muerte –dice Díez de Revenga– temprana y singularmente cruel, vendría a dar al traste con lo que se ofrecía como gran promesa de la lírica española en la época de mayor esplendor de nuestro siglo». Su obra poética no ocupa un lapso temporal excesivo, pues los poemas que publica son de los últimos años veinte hasta 1942; o sea, poco más de una década de producción poética. Nos permite sin embargo advertir una intensa evolución y una gran transformación de sus esquemas e intereses poéticos, que van desde una obra inicial que se inserta en la tradición a una poesía final, nuevamente vinculada a esquemas rítmicos tradicionales, pero de grandísima originalidad e intensa y patética emoción humana. Esa originalidad se manifiesta en su gongorismo y en la escuela de Calderón, pero también se percibe la huella de Quevedo y de Garcilaso o la presencia final de Neruda y Aleixandre, hasta integrarse en esos nuevos espacios.

No bastante, en la poesía de Miguel Hernández sólo hay tres temas, tres grandes asuntos, que invaden y determinan toda su obra: la vida, el amor y la muerte. El propio Miguel vivió en su misma carne estas tres grandes experiencias, que vertebran toda su escritura poética y le dan sentido. Por eso un poema suyo del *Cancionero y romancero de ausencia*s, de los escritos en la época de «la ausencia y la cárcel», define también con precisión todo lo que fue la doctrina poética de aquel muchacho, noble ciudadano y enamorado para siempre. Decía otro autor que un oscuro presagio funeral flota de continuo sobre el palpitar enamorado del poeta: el vivir, el amar y el morir. Procura con idéntica insistencia dominar su aliento; o sea, en el momento del dolor y la distancia estos grandes temas se convierten en sangre de la pena, de esa «picuda pena» que él decía. Ese pesar convierte los tres inmensos motivos en sangre de su sangre, entre sentimientos heridores, heridas que lo terminan por consumir. Él lo dice de forma muy clara: «llevo como heridas la del amor, la de la muerte, la de la vida». Y así fue.

En la espléndida reflexión que desarrolla Díez de Revenga destaca su economía verbal, ese sentido de lo recortado y sintético; cuando escribe ya en la cárcel, cuando está alejado de su amada y de su hijo, el poeta está triste y desolado, porque se siente ciudadano derrotado, que ha perdido la guerra, que ha sido perseguido, que ahora carece de libertad y que percibe la injusticia de su condena y, sin duda, la proximidad de la muerte. Ese momento en que se siente al propio

tiempo más amante de la vida y más amante del amor se convierte en herida; pero no deja de actuar sobre esos tres grandes temas: sigue sintiendo la vida y sigue sintiendo el amor. No pueden faltarle. Ya lo decía un crítico anterior, como Cano Ballesta, al que hay que retornar siempre: «El mundo poético de Miguel Hernández se puede concentrar, pues, en este hondo tríptico de elementos en perfecta correspondencia mutua: vida, que es igual a amor más muerte; muerte, que es igual a vida más amor; amor que es igual a muerte más vida. La metáfora de la herida, perteneciente al lenguaje del amor pasión de los cancionero medievales y de la mística, se convierte ahora en vehículo simbólico de toda su existencia». Así es como en *El rayo que no cesa* («sigue, pues, sigue cuchillo, volando hiriendo») o en la elegía que dedicó a García Lorca («Muere un poeta y la creación se siente moribunda y herida en las entrañas») llega en este poema a protagonizar de manera absoluta y a convertirlo en un resumen total de toda su poesía.

Curiosamente se inició con una sorprendente aventura metafórica en *Perito en lunas,* que presenta la gran inquietud de un poeta que aborda entusiasmado el gongorismo, por el impulso de los jóvenes poetas de aquella generación y, sobre todo, por la atrayente imagen poética de Góngora. Es muy posible que Miguel Hernández conociera la conferencia de Lorca sobre la imagen poética en el autor cordobés, ya que se publicó en *La Verdad* y en *Verso y Prosa* (1927), revistas que él conocía sobradamente, y que de ahí viniera esa influencia gongorina, lo cual no quiere decir que el poeta no desarrolle un decidido ejercicio de expresión plástica de la naturaleza. Allí está también ese mundo levantino de palmeras, azahar, granadas, sandía o higueras como un referente a su humana vitalidad; pero no sólo está la naturaleza levantina, sino algo tan «lejano» como los Estados Unidos, con el poderoso atractivo que suscitaban en los intelectuales de entonces: también están en *Perito en lunas*, como un elemento más, aunque bien atípico, de expresión apasionada y sensorial del poeta oriolano, como dice Díez de Revenga. Aquí hallamos poemas de una sensualidad encendida, que revelan el vitalismo natural de Miguel, siempre como reflejo de su sensibilidad y de sus pasiones, aunque el hermetismo de este poemario casi nos prive de que se perciba al nivel que desearíamos. Ahora bien, *Perito en lunas* es el libro necesario para todos los demás; sin él no se entendería lo que tiene que venir. Dentro de la más estricta retórica gongorina de los años veinte y treinta del pasado siglo se forja la estructura metafórica de toda su obra. Tengamos en cuenta que son poemas escritos en octavas reales,

estrofa rígida donde las haya; y él compone la octava real de acuerdo con su forma clásica, como la que aparecía en la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora. Así son muchas de las cuarenta y dos octavas que componen su libro, con las cuales establece una serie de contrastes progresivos de ida y vuelta, de forma pendular, que cerraban los dos versos finales de la octava (ABABABCC).

La temática empieza a ser original; por ejemplo se da cabida al motor principal del enfrentamiento de sexos, que será constante en todos sus libros, pero que ya está en *Perito en lunas:* sexo masculino frente a sexo femenino, que se evidencia en muchas de aquellas octavas y, además de ese enfrentamiento, se produce un contraste entre dos mundos: el de los blancos y el de los negros, el de los americanos y el de los afroamericanos y la octava queda construida sobre elementos de oposición contrastiva casi de forma longitudinal: «A fuego de arenal, frío de asfalto». Así se produce una serie de contraposiciones expresadas por correlación: la metáfora «arenal» desarrolla desierto y fuego; el desierto es la sed y la sequía, pero también el calor y el deseo. Hay una recurrencia constante a los bimembres de endecasílabos, a las correlaciones de elementos contradictorios, con significados muy curiosos, en que se percibe la perfecta capacidad de Miguel Hernández para la creación, pues era una persona absoluta y naturalmente dotada para ello.

Tanto Díez de Revenga como Sánchez Vidal han explicado algunas de sus expresiones que la crítica no habría entendido; algunas de carácter sexual, directamente referidas al cuerpo, como la serpiente, que aparece de manera constante, o los higos, que no son otra cosa en su retórica campesina que los testículos desnudos; y otras expresiones como ascendente-descendente del violador, que puede equiparar el engaño de la serpiente bíblica con la crueldad de la violación y, por supuesto, la higuera de su tierra, que va ligada al sexo por multitud de motivos. Los higos cerrados, que semejan los testículos, y abiertos, que semejan el sexo femenino. No olvidemos que las hojas de la higuera sirvieron de primer vestido a la mujer. Y presidido todo el libro por la luna, en la que el poeta es «perito». Todos los poemas giran en torno a la octava XXV, dedicada a la luna como «gran fecundadora» de la naturaleza y del quehacer del poeta. El astro es, por tanto, el patrocinador de esos procesos telúricos que dice Díez de Revenga que tanto le fascinan y la representación de la fecundidad y la exaltación de la vida de buena parte de la obra hernandiana. Incorpora también al mundo

de *Perito en lunas* la gran metáfora de Norteamérica, alegoría de lo exaltado, de lo sensual o de lo grandioso, que estaba ya en Rubén Darío o en Juan Ramón Jiménez y, sobre todo, en García Lorca, en su libro *Poeta en nueva York*.

Por supuesto que la obra genial y maestra de Miguel Hernández es *El rayo que lo cesa*. Todos los críticos han visto y justificado su indudable perfección. Son 27 sonetos distribuidos en dos series de trece, más uno final, acoplados entre tres poemas distintos, que demuestran hasta qué punto el poeta era consciente de que su libro debía revestir unas claras condiciones de «ordenación». La única verdad –dice el crítico– de *El rayo que no cesa* «es la manifestación del amor del poeta, amor apasionado y encendido en los límites de la propia realidad, como destino trágico del hombre y como simbólica concreción de la dureza de su resistencia». De ahí la presencia del cuchillo cortante, heridor, pero también objeto deseado por su condición de simbólica vía de acceso al mundo del amor; de ahí el clima apasionado y metafísico para comprender el alcance de ese rayo que no cesa, que es el destino, tema central del libro. Destino inseparable como el rayo, destino del propio poeta, que se ve conducido al mundo del amor, pero con una serie de negros presagios. Ahí está el color negro, que culmina en la imagen del toro. El poeta se siente arrastrado «umbrío por la pena» hacia el gran presagio de la muerte. Aquí están ya sus tres grandes temas. Se nos ofrece «una picuda y deslumbrante pena». El poeta se ve prendido por esa pena fatal en un destino que ya es más que un presagio o, como en el soneto final, que será el colofón de la gran prueba: «el poeta se ve fatalmente arrojado a la acción corrosiva de la muerte a causa de su incesante pasión amorosa». Es el rayo que dijera Miguel Hernández y que transforma plenamente en la gran y dolorida pasión de amor.

Díez de Devenga ha comentado todos los símbolos del libro; en particular, el de la serpiente como alusión al órgano sexual masculino, o el del limón como alusión a los pechos de la mujer: «Limón amarillo, patria de mi calentura». La presencia de este soneto alude evidentemente al deseo de poseer a la amada, deseo siempre reprimido por aquélla, y la palabra «calentura» aparece con el sentido popular que todos conocemos. No de otra forma puede entenderse el «limón amarillo, patria de mi calentura».

La sangre está ahí también para reforzar la pasión sexual, que en este caso quedó frustrada por el «desdén de la amada»; no olvidemos

que sangre es la propia potencia sexual: la sangre que pasa de un letargo dulce a una ansiosa calentura, tal como sucede en el soneto XVIII de Garcilaso de la Vega, que sin duda él conoció y que aquí tiene como modelo. Llama la atención que se sirviera prácticamente de manera exclusiva del soneto en su libro cumbre. Se ha dicho que Miguel es uno de los mejores sonetistas del siglo XX y en *El rayo que no cesa* demostró sus capacidades, no sólo de dominio de tan difícil forma, sino también de renovación de sus estructuras. El soneto era como una especie de «cárcel espiritual» en la que se debía encerrar un pensamiento, pero de manera rotunda y para siempre. Ahí están para que el tiempo los coloque en su lugar y ya los ha colocado. La capacidad poética de Miguel Hernández sobrepasa, pues, todas las anécdotas expresivas para construir un todo armónico, un conjunto poético unitario, trabado y definitivo, que se puede comparar con los grandes críticos y los grandes poetas de todos los tiempos. Este libro es el decisivo.

Los demás dicen ya bastante menos, aunque puedan interesarnos por ser de Miguel Hernández y aunque hayan recibido estudios de primer nivel. Me refiero a *Viento del pueblo,* que refleja una continuidad en la presencia de las elegías, fundamentales en su lírica. Ya estaba en *El rayo que no cesa* la dedicada a Ramón Sijé, con la que se cierra cronológicamente libro. Luego la dedicada a Federico García Lorca, con la que se abre *Viento del pueblo,* y en el intermedio los poemas sueltos de esos años, como la Segunda elegía a Ramón Sijé, deudora de Vicente Aleixandre y de Pablo Neruda, o los recordatorios de Garcilaso, que nos devuelven sin duda al mejor Miguel Hernández. Son poemas todos de primer nivel, pero que, comparados con *El rayo que no cesa* se nos quedan en otro ámbito de apreciación.

Queremos finalizar esta exposición con alguna referencia a su estancia en Jaén. Son muchas los trabajos que de una manera tangencial o directa se han ocupado en los últimos años de este asunto. Para el lector interesado podríamos decir que la bibliografía –sólo acerca de la estancia en Jaén– *ocupa veinte títulos fundamentales,* que van desde el de Ricardo Blasco «Miguel Hernández, corresponsal de guerra», publicado en *Nueva Historia* en 1977, hasta el de Manuel Urbano *Ruiseñor de fusiles y desdichas. Jaén en la vida y obra de Miguel Hernández,* Anejos de la revista *Elucidario* del Instituto de Estudio Giennenses, 2010. En medio están los trabajos de Molina Damiani, Buendía López, Caballero Venzalá en su famoso *Diccionario biobibliográfico,* etc. etc. Para una información exacta,

precisa, exclusiva y exhaustiva de la relación de Miguel Hernández con Jaén puede consultarse el espléndido trabajo de Aurelio Valladares *Diccionario bibliográfico de la Provincia de Jaén,* volumen VII, siglo XX y época actual, pp. 442-444, donde describe con tal precisión los materiales que todos los amantes de Miguel Hernández deben conocerlo. Ahí está todo lo que se ha escrito sobre él. Tomamos sólo algunos datos interesantes, especialmente el motivo por el que está ligado a estas tierras: su matrimonio con la quesadeña Josefina Manresa. Se habían conocido en 1934 y, después de tres años de noviazgo, se casaron en el Juzgado de Orihuela, el 9 de marzo de 1937, a cuya ceremonia sólo asistió por parte de la novia una tía paterna, ya que la madre se encontraba gravemente enferma. A continuación los dos vienen a vivir a Jaén, al haber sido nombrado Comisario de Cultura y habérsele encomendado los servicios de propaganda a través del periódico *El Altavoz del Frente Sur* o *Frente Sur.* Se instalaron en la casa que había pertenecido a la Marquesa del Rincón, en el número 9 de la Calle Llana. Años después la propia Josefina, en sus *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández,* de 1980, rememora los difíciles momentos que vivieron, que le obligaron a regresar muy pronto a tierras alicantinas. Tampoco permaneció allí mucho tiempo Miguel, porque, antes de marchar a Madrid, asistió a la toma de Santuario de la Virgen de la Cabeza, ocupándose personalmente de los servicios de megafonía del frente. Desde las páginas de *Frente Sur* combatió denodadamente con las armas de la palabra y publicó seis poemas y once artículos, firmados unas veces con su nombre o iniciales y otras con el seudónimo de *Antonio López*; cinco de estos poemas serían recogidos en el libro *Viento del pueblo,* aparecido ese mismo verano de 1937. Entre dichas composiciones destaca «Aceituneros», una de las más conocidas gracias a la divulgación que hizo al grupo *Jarcha,* con música de Ángel Corpa, y el cantautor Paco Ibáñez.

El 28 de febrero de 2012 la Diputación Provincial acordó por unanimidad que dicha obra poética se convirtiera en el himno oficial de la Provincia de Jaén. Por lo que respecta a los artículos, cabe señalar los titulados «La ciudad bombardeada» y «La rendición de la Cabeza». Sobre este último asunto volvería en el número 15 como aclaración a una carta fechada en Andújar. Todos estos trabajos están escritos en un tono vehemente, explicable por la circunstancias que los inspiraron. Hay algunos más con referencia giennenses, como «La vida en retaguardia», sobre los jóvenes de la provincia de Jaén, o «Los hijos del hierro», sobre los trabajadores de la Estación de Baeza, y «Los problemas

del pan», sobre las protestas de las mujeres en los alrededores de Jaén. Durante los días 6-8 de mayo de 2010 se celebró un congreso en Linares, con participación de múltiples especialistas, bajo el título de «Miguel Hernández (1910-2010). Memoria humana y poética», organizado por la Asociación Colegial de Escritores de España y con la colaboración del Ayuntamiento de Linares.

Pero todos estos son datos de menor cuantía. La obra poética de Miguel Hernández Gilabert sobrepasa todos los marcos locales que se quiera. Es una figura tal vez única en el mundo y en las letras españolas. De su recuperación, aunque sea por vía de «texto y herencia», puede enorgullecerse la provincia de Jaén.

Dámaso Chicharro
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses

Breve antología poética

«VERSOS DE VIDA, DE AMOR, DE MUERTE»

Miguel Hernández, naturaleza de un corazón puro

Introducción

Una de las principales características literarias de Miguel Hernández, que sin duda lo singularizan como poeta de la tierra, hace referencia a la vinculación de sus versos con el paisaje. El poeta oriolano utilizó su entorno no únicamente como marco literario en el que referenciar sus escritos, sino también como objeto poético. Al principio, (*Perito en Lunas,* 1933) lo hizo fundamentalmente con su paisaje natural (la sierra y la huerta de la Vega Baja del Segura), y con su instinto natural de amor desbocado (*El rayo que no cesa*, 1935-6). Después se centró en su paisaje social con la causa de la clase trabajadora y de los humildes frente a la miseria y la injusticia como objeto poético (*Viento del Pueblo*, 1937). Y utilizó ambos paisajes, natural y social, no como meros elementos decorativos para ilustrar sus poemas, sino como objetivos de dignificación literaria. Miguel Hernández situó la huerta levantina y la clase trabajadora en la categoría de obra literaria sublime, otorgándole una dignidad y un protagonismo que pocos escritores han logrado.

Además, Miguel Hernández lo hizo de manera natural, sin artificios, porque él mismo formaba parte de ese paisaje que plasma en sus versos. Ello le concede una sensibilidad poética especial, y le marca como escritor de profunda honestidad literaria al fundir vida y obra como una sola cosa.

El devenir de su vida apasionada como hombre y como poeta hizo que la recta final de su trayectoria literaria estuviese centrada en su paisaje íntimo, el que relacionó al poeta consigo mismo en una

dramática ausencia. El *Cancionero y Romancero de Ausencias*, escrito entre el final de la guerra y la etapa carcelaria, es posiblemente la obra cumbre de Hernández, su poesía más depurada y dotada de una sensibilidad conmovedora. El poema *«Llegó con tres heridas...»* resume los tres grandes ejes hernandianos, la poesía de amor, de muerte y de vida, que la presente antología poética pretende destacar. Son ejes de confrontación, de contundencia y de exquisita sensibilidad que resumen la vida convulsa e inquieta de un hombre insaciable de saber y de vivir.

Poemas de vida

La primera etapa literaria de Miguel Hernández destila un espíritu optimista, de exaltación de la vida, y evidencia un camino de continuo aprendizaje en su compromiso con la tierra y su entorno. El paisaje natural estuvo siempre presente en Miguel Hernández, en él se siente cómodo, le inspira poéticamente y le gratifica como persona. Incluso llega a elevarlo a la categoría de mito, utilizándolo para denigrar el frío y anónimo ambiente urbano:

«[...] Iba mi pie sin tierra, ¡qué tormento!
vacilando en la cera de los pisos,
con un temor continuo, un sobresalto,
que aumentaban los timbres, los avisos,
las alarmas, los hombres y el asfalto...

[...] ¡Ay como empequeñece
andar metido en esta muchedumbre!,
¡Ay ¿dónde está mi cumbre,
mi pureza, y el valle del sesteo
de mi ganado aquel y su pastura...».

(Fragmentos de *«El silbo de la afirmación de la aldea»*, escrito tras su experiencia en la gran capital con motivo de su viaje a Madrid).

De igual manera, el paisaje también cobra protagonismo en su etapa de literatura de combate cuando lo utiliza como bandera de la causa social para ensalzar al campesino:

«Españoles que España habéis ganado
labrándola entre lluvias y entre soles.
Rabadanes del hambre y el arado:
españoles...

Poderoso homenaje a las encinas,
homenaje del toro y el coloso,
homenaje de páramos y minas
poderoso...».

(Fragmento de *«Jornaleros»*, poema perteneciente al libro *Viento del pueblo*, escrito en 1937 en plena guerra).

Incluso el paisaje natural es utilizado por Hernández en su última etapa como metáfora de libertad, que contrasta con su dura situación de cautiverio:

«Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo...

Vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol,
porvenir de mis huesos
y de mi amor...».

(Fragmento de *«Nanas de la cebolla»*, escrito en la cárcel y dedicado a su hijo Manolillo).

Y también como claro ejemplo de su poesía intimista, del sentimiento de nostalgia que le inunda al estar privado de libertad:

«Las gramas, las ortigas
en el otoño avanzan
con una suavidad
y una ternura largas.
El otoño, un sabor
que separa las cosas,
las aleja y arrastra...».

(Fragmento de *«Las gramas, las ortigas»*, del libro *Cancionero y Romancero de Ausencias*).

El compromiso de Miguel Hernández con el paisaje natural de su tierra ya impregna su escritura desde sus inicios poéticos, que se fechan hacia 1924-25, y sus escritos quedan plasmados en un pequeño cuaderno personal de tapas de color negro y hojas amarillas, similar a los antiguos libros de contabilidad, que el poeta llevaba consigo en la

sierra cuando cumplía con su tarea como pastor de cabras. Es la etapa del poeta-pastor, la del cabrero entusiasta que devora libros y escribe con pasión en su ansia por convertirse en el gran escritor que anhela.

En esta literatura juvenil ciertamente se respira un perfume de incienso, fruto de la influencia del canónigo Luis Almarcha, pero es, sobre todo, fiel reflejo del paisaje que le abriga y acompaña: el monte, el ganado, los pájaros, los reptiles, los frutos de los árboles, la tierra, el sol, la lluvia, los caminales, la huerta, los cultivos... Es una poesía de compromiso con la sencillez del mundo rural, entorno que queda retratado en el papel para ser ensalzado y dignificado. Formalmente es una poesía un tanto hermética, barroca, de inspiración gongorina, con la que el poeta intenta alcanzar el cultismo que admira en otros escritores, principalmente en Luis de Góngora y en Rubén Darío. Ello le condiciona en su labor literaria, y consigue una poesía colorista y retórica, una especie de paleta multicolor que aporta vistosidad y luminosidad a sus escritos.

Miguel establece con estos versos una conexión inquebrantable con sus raíces rurales, y este hecho le presenta como un poeta de profundo arraigo con su tierra. Los actores de sus versos son la flor de almendro, el gallo, la serpiente, la naranja, el limón, la chumbera, el romero, la granada, el jilguero, el tomillo, la lagartija, etc..., un sinfín de protagonistas con los que rinde homenaje a la huerta, al paisaje levantino del sureste español. La lectura de estos versos destila olor a campo, y nos transporta a un mundo que, lamentablemente, se bate en retirada frente a la modernidad urbana.

Poemas de amor

Miguel Hernández fue ante todo un hombre apasionado que quería sacar el jugo a la vida, disfrutar de su esencia y recorrer su camino de la mano del conocimiento, del aprendizaje y de la experiencia vivida. La convulsión del amor entró en su vida como un disparo, con un *«rayo que no cesa»* que atormentaba su espíritu y su conciencia, y que le llenó de anhelos pero también de frustraciones. Miguel es también un poeta del amor, y su inspiración más profunda la halló en una joven morena de pelo ondulado que conoció el 15 de agosto de 1933 en la feria de Orihuela. La quesadeña Josefina Manresa cautivó el corazón desbocado del poeta, quien encontró en esta joven la personalización de tantos anhelos y la motivación suficiente para escribir lo que hasta ese momento

no había experimentado: el soneto amoroso. Miguel escribió a Josefina poemas de enamorado y trasladó al papel la inocencia de un corazón entregado:

«Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo,
nacida ya para el marero oficio;
ser graciosa y morena tu ejercicio
y tu virtud más ejemplar ser cielo...

¡Niña!, cuando tu pelo va de vuelo,
dando del viento claro un negro indicio,
enmienda de marfil y de artificio
ser de tu capilar borrasca anhelo.

No tienes más quehacer que ser hermosa,
ni tengo más festejo que mirarte,
alrededor girando de tu esfera.

Satélite de ti, no hago otra cosa,
si no es una labor de recordarte.
¡Date presa de amor, mi carcelera!

Pero también el poeta fue víctima del desamor y de la frustración por el amor incomprendido, como así expresa en su poema referido al toro:

«Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto...

Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro».

Y también en sus poemas de abatimiento emocional:

«Tengo estos huesos hechos a las penas
y a las cavilaciones estas sienes,
pena que vas, cavilación que vienes,
como el mar de la playa a las arenas».

Ciertamente, Miguel se encontraba en ese momento en una etapa de cambio. El amor le había abierto los ojos y se encontraba en Madrid compartiendo vida con la élite de la Generación del 27. Ello le

hizo ver que había otra manera de saborear la vida y la literatura, y que el mundo era mucho más amplio y diverso de lo que podía contemplar desde el prisma de su pueblo. Las influencias literarias que le rodeaban en Madrid le inspiraron en su catarsis, y es precisamente la publicación en 1935 del libro *La destrucción o el amor*, de su gran amigo Vicente Aleixandre, el hecho que le impulsó más directamente a escribir sonetos amorosos. El resultado fue *El rayo que no cesa*, un conjunto de bellos sonetos de amor que le valieron a Miguel los elogios del gran maestro de las letras del momento: Juan Ramón Jiménez.

Los poemas de amor que se reproducen en la presente antología son reflejo de esa encarnizada lucha que el poeta mantuvo entre la realidad y el deseo, la consumación y la frustración, siempre con la pasión amorosa como telón de fondo.

Poemas de lucha y muerte

El compromiso de Miguel Hernández con su paisaje social adquirió mayor relevancia con el comienzo de la guerra civil, aunque venía fraguándose con cierta antelación. Su estancia en Madrid a lo largo de 1935 le había hecho modificar los planteamientos iniciales que llevó en su mochila cuando dejó el pueblo, y su evolución ideológica era un hecho evidente. Su poema *«Sonreídme»* había puesto sobre la mesa la ruptura con la Iglesia ***(«vengo muy satisfecho de librarme de la serpiente de las múltiples cúpulas, la serpiente escamada de casullas y cálices...)*** y su entrega a la causa de los trabajadores, la de los más desfavorecidos, causa que hace suya ***(«voy a donde estáis vosotros los de siempre, los que cubrís de espigas y racimos la boca del que nos escupe, los que conmigo en surcos, andamios, fraguas, hornos, os arrancáis la corona del sudor a diario»)***. Un hecho histórico ocurrido meses antes había causado conmoción en el poeta, como fueron los sucesos de la revolución de los mineros asturianos ocurrida en octubre de 1934. Fue el inicio de la deriva de Miguel Hernández hacia la literatura de compromiso social. A partir de ahí, el poeta construye su propia imagen del mundo alejado cada vez más del conservadurismo y la religiosidad de su amigo Sijé. Ello no supuso un alejamiento emocional respecto de su amigo del alma, pero sí ideológico y literario, de hecho Sijé previene a Miguel instándole a que se aleje de su «***nerudismo, alexandrismo y albertismo...***» (carta de Ramón Sijé a Miguel Hernández de fecha 29 de noviembre de 1935). Pero Miguel está evolucionando en su propia

dinámica personal, y ha optado por el compromiso social con el proletariado. La guerra civil no hace más que profundizar las convicciones solidarias del poeta y catapultar su expresión hacia el exterior. Es el momento de la literatura de combate, de tono épico, vibrante y entusiasta, en la que el objeto poético es la clase trabajadora como colectivo, y el sentido de la poesía es la lucha social contra la miseria y la injusticia:

«Jornaleros: España, loma a loma,
es de gañanes, pobres y braceros.
¡No permitáis que el rico se la coma,
jornaleros!

(Fragmento del poema *«Jornaleros»*, incluido en *Viento del Pueblo*, 1937).

«Vestidura de oro de los trabajadores,
adorno de las manos como de las pupilas.
Por la atmósfera esparce sus fecundos olores
una lluvia de axilas.

El sabor de la tierra se enriquece y madura:
caen los copos del llanto laborioso y oliente,
maná de los varones y de la agricultura,
bebida de mi frente.

Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos
en el ocio sin brazos, sin música, sin poros,
no usaréis la corona de los poros abiertos
ni el poder de los toros...».

(Fragmento de *«El sudor»*, incluido en *Viento del Pueblo*, 1937).

Un buen número de estos poemas de contenido social los escribió Miguel Hernández en las tierras de Jaén durante la primavera de 1937. El poeta fue destinado por el mando republicano a la capital jiennense, sede del *Altavoz del Frente Sur,* para hacerse cargo del periódico y de tareas de culturización. Aquí desempeña además su labor como periodista escribiendo crónicas de guerra en el frente. Los campos de Jaén inspiraron al poeta en su labor creativa, dando lugar a poemas tan contundentes como *«Aceituneros»*, en el que Miguel Hernández retrata a la perfección el alma proletaria del campesino andaluz y el orgullo de pertenencia a un pueblo trabajador.

«Jaén, levántate brava
sobre tus piedras lunares,
no vayas a ser esclava
con todos tus olivares.

Dentro de la claridad del aceite y sus aromas,
indican tu libertad
la libertad de tus lomas».

(Fragmento de *«Aceituneros»*, incluido en *Viento del Pueblo*, 1937).

Sin embargo, tras el viaje que el poeta realizó a la antigua URSS en septiembre de 1937, y sobre todo a lo largo de 1938, el tono de la poesía hernandiana evolucionó hacia el pesimismo y el intimismo. Miguel continuó escribiendo sobre la guerra, pero esta vez sin tono heroico. La poesía hernandiana pasó a expresar el horror de la guerra, la trágica realidad del hombre cuando se convierte en un animal cegado por el odio.

«He regresado al tigre.
Aparta o te destrozo.

Hoy el amor es muerte,
y el hombre acecha al hombre».

(Fragmento de *«Canción primera»*, incluido en *El hombre acecha*, 1938).

«El tren lluvioso de la sangre suelta,
el frágil tren de los que se desangran,
el silencioso, el doloroso, el pálido,
el tren callado de los sufrimientos...

Detened ese tren agonizante
que nunca acaba de cruzar la noche.
Y se queda descalzo hasta el caballo,
y enarena los cascos y el aliento».

(Fragmento de *«El tren de los heridos»*, incluido en *El hombre acecha*, 1938).

La poesía hernandiana de la guerra civil tiene por tanto doble cara: por un lado una poesía entusiasta, de bandera colectiva de reivindicación social, y por otro una literatura dramática, de desgarro emocional ante la crueldad de lo que el ser humano es capaz de hacer

impulsado por el odio. Los poemas que aquí presentamos son ejemplo de ambas facetas igualmente apasionadas.

Poesía entre rejas

Tras el final de la guerra, se desplegó en España un tsunami de odio que avergonzó la condición humana. Miguel fue uno más de los miles y miles de españoles que sufrieron humillación, pérdida de libertad, tortura y muerte en las cárceles de Franco. Esta dramática situación influyó en su poesía, pero lo hizo de una manera tan especial que se ha convertido en uno de los valores humanos más importantes que el poeta nos ha dejado. En un contexto durísimo, torturado y condenado a muerte, Miguel no despliega rencor y ansias de venganza en su poesía, sino todo lo contrario, cantos de esperanza y metáforas de libertad. Escribe canciones de cuna tan entrañables como las *«Nanas de la cebolla»*, que dedica a su hijo Manolillo, reflejando en él todo el sentido positivo de la vida que el poeta lleva consigo a pesar de su situación:

«Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea...».

(Fragmento de *«Nanas de la cebolla»*, cárcel de Torrijos-Madrid. 1939).

A esta etapa corresponde el *Cancionero y Romancero de Ausencias*, un conjunto poético mucho más íntimo, de estilo más depurado y emocionalmente vibrante. El centro de su literatura es ahora el anhelo de libertad y la nostalgia por la ausencia del hijo y la esposa. Es el momento personal y literario de las grandes ausencias:

«No puedo olvidar
que no tengo alas,
que no tengo mar,
vereda ni nada
con que irte a besar».

(Poema *«No puedo olvidar»*, *Cancionero de Ausencias* 1939-42).

La dualidad vuelve al poeta. Su realidad es de muerte, pero su corazón y su poesía son de vida. Incluso cuando no escribe versos, simplemente cartas a su esposa, traslada en ellas su visión optimista de las cosas y revela la naturaleza de un corazón puro. De hecho, llega a engañar a Josefina cuando le comunican la pena dictada por el Tribunal Militar de Prensa de Madrid, y lo hace para protegerla de la terrible realidad. Al poeta lo han condenado a muerte por escribir lo que escribió, pero él comunica por carta a Josefina la gran alegría que siente por haber sido condenado a una pena menor de tan sólo 12 años, pena que, con trabajos y buen comportamiento, se acortará sustancialmente:

«Madrid, 23 de julio de 1940.

Mi querida esposa: alégrate Josefina. Me han juzgado y he firmado doce años y un día de prisión menor. No te miento. El fiscal pedía 30, y al final me han rebajado 18. No es mucha edad 12 años, y casi todos los condenados a esta pena los suelen poner pronto en libertad. Es posible que me trasladen a un campo de trabajo o a un penal donde me darán un pico y en unos cuantos meses nos veremos juntos. Ha sido una verdadera suerte salir tan bien y debes alegrarte. Yo estoy contento a pesar de todo. Ya te contaré detalles del juicio. Oye nena, me ha sorprendido encontrar tan alto a nuestro hijo. No está muy delgado y se ve que es fuerte. Tú tampoco estás mal y te encuentro muy guapa, así como a Carmen, Gertrudis y Conchita. No se nota en la foto ni el hambre ni la pena, y eso me gusta. No pienses cosas tristes. Guárdame ese dulce aunque se te seque con el tiempo caluroso. Le he buscado otra novia a Manolillo. En algo he de perder el tiempo ya que no lo puedo pasar con él ni contigo por ahora. Pide salud y fortaleza a tus santos para todos y principalmente pan, que sólo te dará el trabajo. Me da mucho orgullo tenerte por mujer, y si te haces más fuerte aún me dará más. A vivir y a dormir sin preocupaciones hija. Todo tiene remedio y compostura en esta vida. No digas que tenemos mala suerte que he visto a muchos que la tienen peor. Ánimo Josefina. Te dejo por necesidad. Adiós. Hasta la vista Manolillo. Hasta pronto Josefina.

Os quiere.

Miguel».

Los poemas de esta etapa que reproducimos en la presente antología transmiten precisamente esos sentimientos puros de añoranza, de amor profundo y de mitificación de la libertad. Es la luz al final del túnel, la salida dentro de la caverna:

«Yo que creí que la luz era mía
precipitado en la sombra me veo.
Ascua solar, sideral alegría
ígnea de espuma, de luz, de deseo…

Soy una abierta ventana que escucha,
por donde ver tenebrosa la vida.
Pero hay un rayo de sol en la lucha
que siempre deja la sombra vencida».

(Fragmento de *«Eterna Sombra»*, cárcel de Alicante. 1942).

Sirva la presente selección de poemas hernandianos para ilustrar al lector sobre la importancia y trascendencia de un poeta apasionado como pocos, un hombre de corazón puro cuya obra y ejemplo de vida se han convertido en un tesoro de las letras españolas.

Francisco José Escudero Galante
Gestor cultural del legado literario de Miguel Hernández

SELECCIÓN DE POEMAS

I

VERSOS DE VIDA

NO SÉ EL NOMBRE DE ESE PÁJARO

No sé el nombre de ese pájaro
que tan vivaz se ha escondido
entre la morena plata
de un árbol del paraíso.

No sé el nombre de esa flor
de un azul de ojos angélicos
que en el cristal de un arroyo
se está viendo y repitiendo.

No sé el nombre de esa poma
rúbea y de rúbeas mejillas
que ha madurado en un árbol
ignorado de la umbría.

No sé el nombre de la araña
que ha fabricado esa tela
que, entre escarcha, al sol parece
una plátea tunicela.

Y el pájaro es un Gayarre plúmeo.
Y la flor un aroma
jamás aspirado exhala
por sus labios.

Y la poma
al deshacerse en mis labios
sabe a mieles.
Y es bonita la tela
...y veo que es un
encanto más la anonimia.

APRENDIZ DE CHIVO

Nace; exhala,
debilísimo, un vagido;
cae en el suelo en sangre hundido;
tiembla; bala.

Flojamente, levemente
las orejas
alza y mueve;
lanza quejas.

Los preciosos ojos gira
al redor con gracia y pasmo;
de hito en hito,
todo mira;
y regita un grato grito
que parece de entusiasmo.

Se levanta vacilante
de la grama; cae vencido;
prueba luego más pujante;
se alza; duda; da unos pasos; sigue; corre decidido.

De manera chusca,
con el tierno hocico,
a la madre la ubre busca;
da con ella; bebe néctar casto y rico:
con nervioso gesto, mueve,
mueve el rabo;
bebe, bebe,
y harto, suelta la ubre al cabo.

Ya se sienta poderoso;
ya no gime ni solloza;

ya se alza jubiloso,
victorioso; ya rebulle; ya retoza.

Y en el gozo que le enciende,
prosiguiendo sus bravatas,
ya pretende,
a la cabra que lo ha dado, penetrar puesto en las dos patas.

¡MARZO VIENE!

¡Marzo! ¡Viene Marzo...! El astro de rubios
cabellos, la huerta satura y orea.
Son las brisas tibias y llenas de efluvios...
¡Marzo! ¡Viene Marzo! ¡Bienvenido sea!

El amplio horizonte no ostenta vellones
de nieblas, ni nubes de colores densos:
los grandiosos cielos, regios pabellones
son diáfanos, puros azules intensos.

Las flores despiertan de su frío sueño
abriendo a los besos del sol sus corolas;
sobre los sembrados de verdor risueño
florecen sangrientas miles de amapolas.

El ruiseñor teje la canción primera;
el límpido arroyo musical suspira...
El vaho perfumado de la primavera
en ráfagas cálidas por doquier se aspira.

Los undosos huertos de las rojas frutas
estallan de blancos azahares en pomas,
mientras sus cosechas por cientos de rutas
transportan los carros esparciendo aromas.

Bulliciosas aves van en batallones
por el claro espacio batiendo las alas.
El almendro, mágico, rompe sus botones
y los tallos viste con sus níveas galas.

Medran las moreras... El rudo huertano
lanza tras la yunta su tonada, queda,

mientras piensa, alegre, que pronto el gusano
le dará montones de amarilla seda...

Buscan los jilgueros donde hacer su nido,
croa la rana al borde de la limpia alberca...
¡Todo, todo dice del Abril florido!
que a gigantes vuelos se acerca, ¡se acerca...!

Entre rumorosas y amenas riberas
su caudal fecundo derrama el Segura:
remécense gráciles las altas palmeras...
¡La huerta está ebria de luz y hermosura!

La noche se cierra de estrellas cuajada...
Entre sus misterios el amor incita...
El alma cansina siéntese alentada
y el corazón viejo juvenil palpita.

¡Marzo! ¡Viene Marzo pródigo y amigo
reanimando vidas y sembrando flores!
¡Marzo, te saludo! ¡Marzo, te bendigo...!
¡Tú has hecho que en mi alma broten los amores!

En la huerta, 28 de febrero de 1930

LLUVIA

Ayer llovió... Corrióse la fúlgida cortina
del agua bienhechora con sus sonantes flecos...
Bufó de gozo el pecho la gente campesina
–miradas turbias y hoscas y oscuros rostros secos–.

La siembra podrá hacerse... Las nubes agua arrojan...
La faz de los barbechos como un espejo brilla;
los surcos en sus vientres de tierra fresco alojan;
¡serán un latido verde bien pronto la semilla!...

Ayer llovió... Triunfaron las aguas en las lomas
y una oda cristalina dijeron los barrancos;
las auras expandieron selváticos aromas;
los montes se vistieron de trajes-nieblas-blancos.

Se puso húmeda y dulce la vaga lejanía;
herméticos se hicieron los horizontes todos;
la cinta del camino que sólo polvo había
colgóse lamparones tremendos de agua y lodos.

El cielo de azul nuevo pintó su inmensidad;
y un ruiseñor pensando que entraba el Abril regio
tiró vibrantemente desde la majestad
de un álamo lumínico la plata de un arpegio.

El río enfurecióse; se puso hinchado y rojo
y al mar llevó sus aguas con ímpetu a verterlas;
los árboles sus hojas lavaron y el despojo
dejaron en sus ramas prendido de mil perlas.

–Que, luego, cuando Febo logró su cara ingente
mostrar por una nube partida en diez jirones

y darle de sus rayos el beso incandescente,
fingió la maravilla de cien constelaciones–.

Ayer llovió... Corrióse la fúlgida cortina
del agua bienhechora con sus sonantes flecos...
Bufó de gozo el pecho la gente campesina...
y halló como en un antro la lluvia en mí sus ecos.

AL PARTIR DE SU TIERRA PIERDE EL PASTOR DOS LÁGRIMAS

Mira hermano, en nuestro valle
se me perdieron dos lágrimas...
¡las más grandes que tenía!
y yo no puedo buscarlas.
Mira hermano, corre al valle
y búscalas en las granas...
No vayas a confundirlas
con el mijo de la escarcha:
mis lágrimas son más puras
y amargas que las del alba.
Tal vez por ser muy espesas
se han convertido en luciérnagas.
A estrellitas se metieron
tal vez por ser muy ingrávidas...
Búscalas de todos modos,
y, cuando las halles, guárdalas
en dos cajitas, hermano,
como para niñas, blancas.

LA GRANADA

Sobre el patrón de vuestra risa media,
reales alcancías de collares,
se recorta, velada, una tragedia
de aglomerados rojos, rojos zares.
Recomendable sangre, enciclopedia
del rubor, corazones, sin mollares,
con un tic-tac en plenilunio, abiertos,
como revoluciones de los huertos.

AZAHAR

Frontera de lo puro, flor y fría
tu blancor de seis filos, complemento,
en un mundo resume un mediodía.
Astrólogo el ramaje en demasía,
de verde resultó jamás exento.
Ártica flor al sur; es necesario
tu desliz al buen curso del canario.

PLENITUD-7

Bajo la luz plural de los azahares
y los limones de los limoneros,
tú, la hortelana de los tres lunares
vas aún sobre un cultivo de luceros.
Páranse, ya sin hilo, los telares
de los fríos gusanos carceleros
presos ya. Y bajo el cuello tus carrillos
lácteos se enveran dulces ya, amarillos.

FLOR DE ALMENDRO

Propósito de espuma y de ángel eres,
víctima de tu propio terciopelo,
que, sin temor a la impiedad del hielo,
de blanco naces y de verde mueres.

¿A qué pureza eterna te refieres
con tanta obstinación y tanto anhelo?...
¡Ah, sí!: tu flor apunta para el cielo
en donde está la flor de las mujeres.

¡Ay! ¿por qué has boquiabierto tu inocencia
en esta pecadora geografía,
párpado de la nieve, y tan temprano?

Todo tu alrededor es transparencia,
¡ay pura de una vez cordera fría
Que esquilará la helada por su mano!

ROSAL-AL CANTO DE MAYO

¡Qué panorama de besos
está ocurriendo –en relieve:
qué cohete de sucesos,
bello sin demora, breve.
Mollar, reitere esta nieve
su novedad peregrina.
Y la fuga serpentina,
sin lastres a su carrera,
a la mano jardinera
pone reparos de espina.

II

VERSOS DE AMOR

TUS CARTAS SON UN VINO

A mi gran Josefina adorada

Tus cartas son un vino
que me trastorna y son
el único alimento para mi corazón.

Desde que estoy ausente
no sé sino soñar,
igual que el mar tu cuerpo,
amargo igual que el mar.

Tus cartas apaciento
metido en un rincón
y por redil y hierba
les doy mi corazón.

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escríbeme, paloma,
que yo te escribiré.
Cuando me falte sangre
con zumo de clavel,
y encima de mis huesos
de amor cuando papel.

SER ONDA, OFICIO, NIÑA, ES DE TU PELO

Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo,
nacida ya para el marero oficio;
ser graciosa y morena tu ejercicio
y tu virtud más ejemplar ser cielo.

¡Niña!, cuando tu pelo va de vuelo,
dando del viento claro un negro indicio,
enmienda de marfil y de artificio
ser de tu capilar borrasca anhelo.

No tienes más quehacer que ser hermosa,
ni tengo más festejo que mirarte,
alrededor girando de tu esfera.

Satélite de ti, no hago otra cosa,
si no es una labor de recordarte.
–¡Date presa de amor, mi carcelera!

CADA VEZ QUE TE VEO ENTRE LAS FLORES

Cada vez que te veo entre las flores
de los huertos de marzo sobre el río,
ansias me da de hacer un pío pío
al modo de los puros ruy-señores.

Al modo de los puros ruy-señores
dedicarte quisiera el amor mío,
requerirte cantando hasta el estío,
donde me amordazaron tus amores.

Demasiado mayor que tu estatura,
al coger por los huertos una poma
demasiado mayor que tu apetito:

demasiado rebelde a la captura
hacia ti me conduzco por tu aroma
demasiado menor que chiquitito.

¿NO CESARÁ ESTE RAYO QUE ME HABITA...?

¿No cesará este rayo que me habita
el corazón de exasperadas fieras
y de fraguas coléricas y herreras
donde el metal más fresco se marchita?

¿No cesará esta terca estalactita
de cultivar sus duras cabelleras
como espadas y rígidas hogueras
hacia mi corazón que muge y grita?

Este rayo ni cesa ni se agota:
de mí mismo tomó su procedencia
y ejercita en mí mismo sus furores.

Esta obstinada piedra de mí brota
y sobre mí dirige la insistencia
de sus lluviosos rayos destructores.

UMBRÍO POR LA PENA, CASI BRUNO

Umbrío por la pena, casi bruno,
porque la pena tizna cuando estalla,
donde yo no me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno.

Sobre la pena duermo solo y uno,
pena en mi paz y pena en mi batalla,
perro que ni me deja ni se calla,
siempre a su dueño fiel, pero importuno.

Cardos y penas llevo por corona,
cardos y penas siembran sus leopardos
y no me dejan bueno hueso alguno.

No podrá con la pena mi persona
rodeada de penas y de cardos:
¡cuánto penar para morirse uno!

TENGO ESTOS HUESOS HECHOS A LAS PENAS

Tengo estos huesos hechos a las penas
y a las cavilaciones estas sienes:
pena que vas, cavilación que vienes
como el mar de la playa a las arenas.

Como el mar de la playa a las arenas,
voy en este naufragio de vaivenes,
por una noche oscura de sartenes
redondas, pobres, tristes y morenas.

Nadie me salvará de este naufragio
si no es tu amor, la tabla que procuro,
si no es tu voz, el norte que pretendo.

Eludiendo por eso el mal presagio
de que ni en ti siquiera habré seguro,
voy entre pena y pena sonriendo.

TE ME MUERES DE CASTA Y DE SENCILLA

Te me mueres de casta y de sencilla...
Estoy convicto, amor, estoy confeso
de que, raptor intrépido de un beso,
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,
y desde aquella gloria, aquel suceso,
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,
se te cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente
el pómulo te tiene perseguido,
cada vez más patente, negro y grande.

Y sin dormir estás, celosamente,
vigilando mi boca ¡con qué cuido!
para que no se vicie y se desmande.

UNA QUERENCIA TENGO POR TU ACENTO

Una querencia tengo por tu acento,
una apetencia por tu compañía
y una dolencia de melancolía
por la ausencia del aire de tu viento.

Paciencia necesita mi tormento
urgencia de tu garza galanía,
tu clemencia solar mi helado día,
tu asistencia la herida en que lo cuento.

¡Ay, querencia, dolencia y apetencia!:
tus sustanciales besos, mi sustento,
me faltan y me muero sobre mayo.

Quiero que vengas, flor, desde tu ausencia,
a serenar la sien del pensamiento
que desahoga en mí su eterno rayo.

NO ME CONFORMO, NO: ME DESESPERO

No me conformo, no: me desespero
como si fuera un huracán de lava
en el presidio de una almendra esclava
o en el penal colgante de un jilguero.

Besarte fue besar un avispero
que me clava al tormento y me desclava
y cava un hoyo fúnebre y lo clava
dentro del corazón donde me muero.

No me conformo, no: ya es tanto y tanto
idolatrar la imagen de tu beso
y perseguir el curso de tu aroma.

Un enterrado vivo por el llanto,
una revolución dentro de un hueso,
un rayo soy sujeto a una redoma.

POR UNA SENDA VAN LOS HORTELANOS

Por una senda van los hortelanos,
que es la sagrada hora del regreso,
con la sangre injuriada por el peso
de inviernos, primaveras y veranos.

Vienen de los esfuerzos sobrehumanos
y van a la canción, y van al beso,
y van dejando por el aire impreso
un olor de herramientas y de manos.

Por otra senda yo, por otra senda
que no conduce al beso aunque es la hora,
sino que merodea sin destino.

Bajo su frente trágica y tremenda,
un toro solo en la ribera llora
olvidando que es toro y masculino.

ELEGÍA A RAMÓN SIJÉ

(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me
ha muerto como el rayo, Ramón Sijé,
con quien tanto quería.)

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas,
y órganos mi dolor sin instrumentos,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler, me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo voy
de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano está rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes,
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero mirar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera,
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas
y tu sangre se irá a cada lado,
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas,
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

III

VERSOS DE LUCHA

VIENTOS DEL PUEBLO ME LLEVAN

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.

No soy un de pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.

¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,

labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.

Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.

Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra;
las águilas, los leones
y los toros de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.
La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.

Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.

Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

EL NIÑO YUNTERO

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo
de vacas, trae a la vida
un alma color de olivo
vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente
la vida como una guerra,
y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge de lluvia y se alhaja
de carne de cementerio.

A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido,
con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente
para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
resuelve mi alma de encina.

Le veo arar los rastrojos,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará a este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

JORNALEROS

Jornaleros que habéis cobrado en plomo
sufrimientos, trabajos y dineros.
cuerpos de sometido y alto lomo:
jornaleros.

Españoles que España habéis ganado
labrándola entre lluvias y entre soles.
Rabadanes del hambre y del arado:
españoles.

Esta España que, nunca satisfecha
de malograr la flor de la cizaña,
de una cosecha pasa a otra cosecha:
esta España.

Poderoso homenaje a las encinas,
homenaje del toro y el coloso,
homenaje de páramos y minas
poderoso.

Esta España que habéis amamantado
con sudores y empujes de montañas,
codician los que nunca han cultivado
esta España.

¿Dejaremos llevar cobardemente
riquezas que han forjado nuestros remos?
¿Campos que han humedecido nuestra frente
dejaremos?

Adelanta, español, una tormenta
de martillos y hoces, ruge y canta.

Tu porvenir, tu orgullo, tu herramienta
adelanta.

Los verdugos, ejemplo de tiranos,
Hitler y Mussolini, labran yugos.
Sumid en un retrete de gusanos
los verdugos.

Ellos, ellos nos traen una cadena
de cárceles, miserias y atropellos.
¿Quién España destruye y desordena?
¡Ellos! ¡Ellos!

Fuera, fuera, ladrones de naciones,
guardianes de la cúpula banquera,
chuecas del capital y sus doblones:
¡fuera! ¡fuera!

Arrojados seréis como basura
de todas partes y de todos lados.
No habrá para vosotros sepultura,
arrojados.

La saliva será vuestra mortaja,
vuestro final la bota vengativa,
y sólo os dará sombra, paz y caja
la saliva.

Jornaleros: España, loma a loma,
es de gañanes, pobres y braceros.
¡No permitáis que el rico se la coma,
jornaleros!

ACEITUNEROS

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién,
quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor,
sino la tierra callada,
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura
y a los planetas unidos,
los tres dieron la hermosura
de los troncos retorcidos.

Levántate, olivo cano,
dijeron al pie del viento.
Y el olivo alzó una mano
poderosa de cimiento.

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién,
amamantó los olivos?

Vuestra sangre, vuestra vida,
no la del explotador
que se enriqueció en la herida
generosa del sudor.

No la del terrateniente
que os sepultó en la pobreza,

que os pisoteó la frente,
que os redujo la cabeza.

Árboles que vuestro afán
consagró al centro del día
eran principio de un pan
que sólo el otro comía.

¡Cuántos siglos de aceituna,
los pies y las manos presos,
sol a sol y luna a luna,
pesan sobre vuestros huesos!

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
pregunta mi alma: ¿de quién,
de quién son estos olivos?

Jaén, levántate brava
sobre tus piedras lunares,
no vayas a ser esclava
con todos tus olivares.

Dentro de la claridad
del aceite y sus aromas,
indican tu libertad
la libertad de tus lomas.

LAS MANOS

Dos especies de manos se enfrentan en la vida,
brotan del corazón, irrumpen por los brazos,
saltan, y desembocan sobre la luz herida
a golpes, a zarpazos.

La mano es la herramienta del alma, su mensaje,
y el cuerpo tiene en ella su rama combatiente.
Alzad, moved las manos en un gran oleaje,
hombres de mi simiente.

Ante la aurora veo surgir las manos puras
de los trabajadores terrestres y marinos,
como una primavera de alegres dentaduras,
de dedos matutinos.

Endurecidamente pobladas de sudores,
retumbantes las venas desde las uñas rotas,
constelan los espacios de andamios y clamores,
relámpagos y gotas.

Conducen herrerías, azadas y telares,
muerden metales, montes, raptan hachas, encinas,
y construyen, si quieren, hasta en los mismos mares
fábricas, pueblos, minas.

Estas sonoras manos oscuras y lucientes,
las reviste una piel de invencible corteza,
y son inagotables y generosas fuentes
de vida y de riqueza.

Como si con los astros el polvo peleara,
como si los planetas lucharan con gusanos,

la especie de las manos trabajadora y clara
lucha con otras manos.

Feroces y reunidas en un bando sangriento,
avanzan al hundirse los cielos vespertinos
unas manos de hueso lívido y avariento,
paisaje de asesinos.

No han sonado: no cantan. Sus dedos vagan roncos,
mudamente aletean, se ciernen, se propagan.
Ni tejieron la pana, ni mecieron los troncos,
y blandas de ocio vagan.

Empuñan crucifijos y acaparan tesoros
que a nadie corresponden sino a quien los labora,
y sus mudos crepúsculos absorben los sonoros
caudales de la aurora.

Orgullo de puñales, arma de bombardeos
con un cáliz, un crimen y un muerto en cada una:
ejecutoras pálidas de los negros deseos
que la avaricia empuña.

¿Quién lavará estas manos fangosas que se extienden
al agua y la deshonra, enrojecen y estragan?
Nadie lavará manos que en el puñal se encienden
y en el amor se apagan.

Las laboriosas manos de los trabajadores
caerán sobre vosotras con dientes y cuchillas.
Y las verán cortadas tantos explotadores
en sus mismas rodillas.

EL SUDOR

En el mar halla el agua su paraíso ansiado
y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje.
El sudor es un árbol desbordante y salado,
un voraz oleaje.

Llega desde la edad del mundo más remota
a ofrecer a la tierra su copa sacudida,
a sustentar la sed y la sal gota a gota,
a iluminar la vida.

Hijo del movimiento, primo del sol, hermano
de la lágrima, deja rodando por las eras,
del abril al octubre, del invierno al verano,
áureas enredaderas.

Cuando los campesinos van por la madrugada
a favor de la esteva removiendo el reposo,
se visten una blusa silenciosa y dorada
de sudor silencioso.

Vestidura de oro de los trabajadores,
adorno de las manos como de las pupilas.
Por la atmósfera esparce sus fecundos olores
una lluvia de axilas.

El sabor de la tierra se enriquece y madura:
caen los copos del llanto laborioso y oliente,
maná de los varones y de la agricultura,
bebida de mi frente.

Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos
en el ocio sin brazos, sin música, sin poros,

no usaréis la corona de los poros abiertos
ni el poder de los toros.

Viviréis maloliendo, moriréis apagados:
la encendida hermosura reside en los talones
de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados
como constelaciones.

Entregad al trabajo, compañeros, las frentes:
que el sudor, con su espada de sabrosos cristales,
con sus lentos diluvios, os hará transparentes,
venturosos, iguales.

ANDALUZAS

Andaluzas generosas,
nietas de las de Bailén,
dad a los verdugos fosas
antes que fosas nos den.

Parid y llevad ligeras
hijos a los batallones,
aceituna a las trincheras
y pólvora a los cañones.

Sembrada está la simiente:
y vuestros vientres darán
cuerpos de triunfante frente
y bocas de puro pan.

LETRILLA DE UNA CANCIÓN DE GUERRA

Déjame que me vaya,
madre, a la guerra.
Déjame, blanca hermana,
novia morena.
Déjame.

Y después de dejarme
junto a las balas,
mándame a la trinchera
besos y cartas.
Mándame.

NACIMIENTO DE ESPAÑA

Como una piel de toro
peninsular, sonora,
como un radiante puño
que dilatara el tiempo,
dio sobre el mar y el agua
se sintió más hermosa.
Su piel quedó extendiendo
su exaltada frontera
fósil, y devorando
ascuas, luz para siempre.

Fue el sol: la sed profunda
del sol por la hermosura.
El sol fue desprendiéndose
de su mejor pedazo,
de su carne más íntima
y la trajo a sus pies.

Y aquí trajo el mercurio
sus temblores extraños,
y aquí en zinc y aquí el plomo
desplegaron sus aves
de vuelo sumergido,
y el acero y el bronce
su masculino ceño.

Aquí hizo nido el trueno
y el pedernal y el mármol.
La vida mineral
vio esconderse el carbón
en su cuerpo crispado,
y el caballo y el toro
la juventud más brava

despertaron al duelo
de los cuerpos aquí.

España, España, España,
carne, solar materia.

Halló la agricultura
su cuerpo más poroso
en ti, y halló en seguida
la patria del naranjo
y el centro del olivo.

Eres toda de sol.
te empuja la alegría,
te detiene en la muerte,
en el trigo, en la pena,
y todo en ti es de vida,
de solares cumplidos.
El día es tu riqueza.

IV

VERSOS DE MUERTE

CANCIÓN PRIMERA

Se ha retirado el campo
al ver abalanzarse
crispadamente al hombre.

¡Qué abismo entre el olivo
y el hombre se descubre!

El animal que canta:
el animal que puede
llorar y echar raíces,
rememoró sus garras.

Garras que revestía
de suavidad y flores,
pero que, al fin, desnuda
en toda su crueldad.

Crepitan en mis manos.
Aparta de ellas, hijo.
Estoy dispuesto a hundirlas,
dispuesto a proyectarlas
sobre tu carne leve.

He regresado al tigre.
Aparta, o te destrozo.

Hoy el amor es muerte,
y el hombre acecha al hombre.

EL HAMBRE

Tened presente el hambre: recordad su pasado
turbio de capataces que pagaban en plomo.
Aquel jornal al precio de la sangre cobrado,
con yugos en el alma, con golpes en el lomo.

El hambre paseaba sus vacas exprimidas,
sus mujeres resecas, sus devoradas ubres,
sus ávidas quijadas, sus miserables vidas
frente a los comedores y los cuerpos salubres.

Los años de abundancia, la saciedad, la hartura
eran sólo de aquellos que se llamaban amos.
Para que venga el pan justo a la dentadura
del hambre de los pobres aquí estoy, aquí estamos.

Nosotros no podemos ser ellos, los de enfrente,
los que entienden la vida por un botín sangriento:
como los tiburones, voracidad y diente,
panteras deseosas de un mundo siempre hambriento.

Años del hambre han sido para el pobre sus años.
Sumaban para el otro su cantidad los panes.
Y el hambre alobadaba sus rapaces rebaños
de cuervos, de tenazas, de lobos, de alacranes.

Hambrientamente lucho yo, con todas mis brechas,
cicatrices y heridas, señales y recuerdos
del hambre, contra tantas barrigas satisfechas:
cerdos con un origen peor que el de los cerdos.

Por haber engordado tan baja y brutalmente,
más abajo de donde los cerdos se solazan,

seréis atravesados por esta gran corriente
de espigas que llamean, de puños que amenazan.

No habéis querido oír con orejas abiertas
el llanto de millones de niños jornaleros.
Ladrábais cuando el hambre llegaba a vuestras puertas
a pedir con la boca de los mismos luceros.

En cada casa, un odio como una higuera fosca,
como un tremante toro con los cuernos tremantes,
rompe por los tejados, os cerca y os embosca,
y os destruye a cornadas, perros agonizantes.

LAS CÁRCELES

I

Las cárceles se arrastran por la humedad del mundo,
van por la tenebrosa vía de los juzgados:
buscan a un hombre, buscan a un pueblo, lo persiguen,
lo absorben, se lo tragan.

No se ve, que se escucha la pena de metal,
el sollozo del hierro que atropellan y escupen:
el llanto de la espada puesta sobre los jueces
de cemento fangoso.
Allí, bajo la cárcel, la fábrica del llanto,
el telar de la lágrima que no ha de ser estéril,
el casco de los odios y de las esperanzas,
fabrican, tejen, hunden.

Cuando están las perdices más roncas y acopladas,
y el azul amoroso de las fuerzas expansivas,
un hombre hace memoria de la luz, de la tierra,
húmedamente negro.

Se da contra las piedras la libertad, el día,
el paso galopante de un hombre, la cabeza,
la boca con espuma, con decisión de espuma,
la libertad, un hombre.

Un hombre que cosecha y arroja todo el viento
desde su corazón donde crece un plumaje:
un hombre que es el mismo dentro de cada frío,
de cada calabozo.

Un hombre que ha soñado con las aguas del mar,
y destroza sus alas como un rayo amarrado,
y estremece las rejas, y se clava los dientes
en los dientes del trueno.

II

Aquí no se pelea por un buey desmayado,
sino por un caballo que ve pudrir sus crines,
y siente sus galopes debajo de los cascos
pudrirse airadamente.

Limpiad el salivazo que lleva en la mejilla,
y desencadenad el corazón del mundo,
y detened las fauces de las voraces cárceles
donde el sol retrocede.

La libertad se pudre desplumada en la lengua
de quienes son sus siervos más que sus poseedores.
Romped esas cadenas, y las otras que escucho
detrás de esos esclavos.

Esos que sólo buscan abandonar su cárcel,
su rincón, su cadena, no la de los demás.
Y en cuanto lo consiguen, descienden pluma a pluma,
enmohecen, se arrastran.

Son los encadenados por siempre desde siempre.
Ser libre es una cosa que sólo un hombre sabe:
sólo el hombre que advierto dentro de esa mazmorra
como si yo estuviera.

Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero.
Ata duro a ese hombre: no le atarás el alma.
Son muchas llaves, muchos cerrojos, injusticias:
no le atarás el alma.

Cadenas, sí: cadenas de sangre necesita.
Hierros venenosos, cálidos, sanguíneos eslabones,
nudos que no rechacen a los nudos siguientes
humanamente atados.

Un hombre aguarda dentro de un pozo sin remedio,
tenso, conmocionado, con la oreja aplicada.
Porque un pueblo ha gritado, ¡libertad!, vuela el cielo.
Y las cárceles vuelan.

EL TREN DE LOS HERIDOS

Silencio que naufraga en el silencio
de las bocas cerradas de la noche.
No cesa de callar ni atravesado.
Habla el lenguaje ahogado de los muertos.

Silencio.

Abre caminos de algodón profundo,
amordaza las ruedas, los relojes,
detén la voz del mar, de la paloma:
emociona la noche de los sueños.

Silencio.

El tren lluvioso de la sangre suelta,
el frágil tren de los que se desangran,
el silencioso, el doloroso, el pálido,
el tren callado de los sufrimientos.

Silencio.

Tren de la palidez mortal que asciende:
la palidez reviste las cabezas,
el ¡ay! la voz, el corazón la tierra,
el corazón de los que malhirieron.

Silencio.

Van derramando piernas, brazos, ojos,
van arrojando por el tren pedazos.
Pasan dejando rastros de amargura,
otra vía láctea de estelares miembros.

Silencio.

Ronco tren desmayado, enrojecido:
agoniza el carbón, suspira el humo
y, maternal la máquina suspira,
avanza como un largo desaliento.

Silencio.

Detenerse quisiera bajo un túnel
la larga madre, sollozar tendida.
No hay estaciones donde detenerse,
si no es el hospital, si no es el pecho.

Para vivir, con un pedazo basta:
en un rincón de carne cabe un hombre.
Un dedo solo, un solo trozo de ala
alza el vuelo total de todo un cuerpo.

Silencio.

Detened ese tren agonizante
que nunca acaba de cruzar la noche.

Y se queda descalzo hasta el caballo,
y enarena los cascos y el aliento.

CANCIÓN ÚLTIMA

Pintada, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.

Regresará del llanto
adonde fue llevada
con su desierta mesa,
con su ruinosa cama.

Florecerán los besos
sobre las almohadas.
y en torno de los cuerpos
elevará la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.

El odio se amortigua
detrás de la ventana.

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza.

ROPAS CON SU OLOR

Ropas con su olor
paños con su aroma.

Se alejó en su cuerpo,
me dejó en sus ropas.

Lecho sin calor,
sábana de sombra.

Se ausentó en su cuerpo.
Se quedó en sus ropas.

EL CEMENTERIO ESTÁ CERCA

El cementerio está cerca
de donde tú y yo dormimos,
entre nopales azules,
pitas azules y niños
que gritan vívidamente
si un muerto nubla el camino.

De aquí al cementerio, todo
es azul, dorado, límpido.
Cuatro pasos, y los muertos.
Cuatro pasos, y los vivos.

Límpido, azul y dorado,
se hace allí remoto el hijo.

V

VERSOS ENTRE REJAS

LLEGÓ TAN HONDO EL BESO

Llegó tan hondo el beso
que traspasó y emocionó los muertos.

El beso trajo un brío
que arrebató la boca de los vivos.

El hondo beso grande
sintió breve los labios al ahondarse.

El beso aquel que quiso
cavar los muertos y sembrar los vivos.

LLEGÓ CON TRES HERIDAS

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

TODAS LAS CASAS SON OJOS

Todas las casas son ojos
que resplandecen y acechan.

Todas las casas son bocas
que escupen, muerden y besan.

Todas las casas son brazos
que se empujan y se estrechan.

De todas las casas salen
soplos de sombra y de selva.

En todas hay un clamor
de sangre insatisfechas.

Y a un grito todas las casas
se asaltan y se despueblan.

Y a un grito todas se aplacan,
y se fecundan, y se esperan.

ERA UN HOYO NO MUY HONDO

Era un hoyo no muy hondo.
Casi en la flor de la sombra.
No hubiera cabido un hombre
en su oscuridad angosta.

Contigo todo fue anchura
en la tierra tenebrosa.

Mi casa contigo era
la habitación de la bóveda.
Dentro de mi casa entraba
por ti la luz victoriosa.

Mi casa va siendo un hoyo.
Yo no quisiera que toda
aquella luz se alejara
vencida, desde la alcoba.

Pero cuando llueve, siento
que las paredes se ahondan,
y reverdecen los muebles,
rememorando las hojas.

Mi casa es una ciudad
con una puerta a la aurora,
otra más grande a la tarde,
y a la noche, inmensa, otra.

En mi casa falta un cuerpo.

Dos en nuestra casa sobran.

MENOS TU VIENTRE

Menos tu vientre
todo es confuso.
Menos tu vientre
todo es futuro
fugaz, pasado
baldío, turbio.
Menos tu vientre
todo es oculto,
menos tu vientre
todo inseguro,
todo es postrero
polvo sin mundo.
Menos tu vientre
todo es oscuro,
menos tu vientre
claro y profundo.

NANAS DE LA CEBOLLA

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla:
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena,
resuelta en luna,
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te tragas la luna
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma al oírte,
bata el espacio.
Tu risa me hace libre,
me pone alas.

Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa.

Vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

La carne aleteante,
súbito el párpado,
el vivir como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño.
Nunca despiertes.
Triste llevo la boca.
Ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,
que tu carne parece
cielo cernido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho.
Él, triste de cebolla.
Tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

NO PUEDO OLVIDAR

No puedo olvidar
que no tengo alas
que no tengo mar,
vereda ni nada
con que irte a besar.

TÚ DE BLANCO, YO DE NEGRO

Tú de blanco, yo de negro,
Vestidos nos abrazamos.
Vestidos aunque desnudos.
Tú de negro, yo de blanco.

RUEDA QUE IRÁS MUY LEJOS

Rueda que irás muy lejos.
Ala que irás muy alto.
Torre del día eres,
del tiempo y del espacio.

Niño: ala, rueda, torre.
Pie. Pluma. Espuma. Rayo.
Ser como nunca ser.
Alborear del pájaro.

Eres mañana. Ven
con todo de la mano.
Eres mi ser que vuelve
hacia su ser más claro.
El universo eres,
que guía esperanzado.

Pasión del movimiento:
la tierra es tu caballo.
Cabálgala. Domínala.
Y brotará en su casco
su piel de vida y muerte
de sombra y luz, piafando.

Asciende, rueda, vuela
creador del alba y mayo.
Alumbra. Ven. Y colma
el fondo de mis brazos.

CON DOS AÑOS, DOS FLORES

Con dos años, dos flores
cumples ahora.
Dos alondras llenando
toda tu aurora.
Niño radiante:
va mi sangre contigo
siempre adelante.
Sangre mía, adelante,
no retrocedas.
La luz rueda en el mundo,
mientras tú ruedas.
Todo se mueve,
universo de un cuerpo
dorado y leve.
Herramienta es tu risa,
luz que proclama
la victoria del trigo
sobre la grama.
Ríe. Contigo
venceré siempre al tiempo
que es mi enemigo.

SONREÍD CON LA ALEGRE TRISTEZA DEL OLIVO

Sonreír con la alegre tristeza del olivo.
Esperar. No cansarse de esperar la alegría.
Sonriamos. Doremos la luz de cada día
en esta alegre y triste vanidad del ser vivo.

Me siento cada día más libre y más cautivo
en toda esta sonrisa tan clara y tan sombría.
Cruzan las tempestades sobre tu boca fría
como sobre la mía que aún es un soplo estivo.

Una sonrisa se alza sobre el abismo: crece
como un abismo trémulo, pero valiente en alas.
Una sonrisa eleva calientemente el vuelo.

Diurna, firme, arriba, no baja, no anochece.
Todo lo desafías, amor: todo lo escalas.
Con sonrisa te fuiste de la tierra y del cielo.

YO NO QUIERO MÁS LUZ QUE TU CUERPO ANTE EL MÍO

Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío:
claridad absoluta, transparencia redonda,
limpidez cuya entraña, como el fondo del río,
con el tiempo se afirma, con la sangre se ahonda.

¿Qué lucientes materias duraderas te han hecho,
corazón de alborada, carnación matutina?
Yo no quiero más día que el que exhala tu pecho.
Tu sangre es la mañana que jamás se termina.

No hay más luz que tu cuerpo, no hay más sol: todo ocaso.
Yo no veo las cosas a otra luz que tu frente.
La otra luz es fantasma, nada más, de tu paso.
Tu insondable mirada nunca gira al poniente.

Claridad sin posible declinar. Suma esencia
del fulgor que ni cede ni abandona la cumbre.
Juventud. Limpidez. Claridad. Transparencia
acercando los astros más lejanos de lumbre.

Claro cuerpo moreno de calor fecundante.
Hierba negra el origen; hierba negra las sienes.
Trago negro los ojos, la mirada distante.
Día azul. Noche clara. Sombra clara que vienes.

Yo no quiero más luz que tu sombra dorada
donde brotan anillos de una hierba sombría.
En mi sangre, fielmente por tu cuerpo abrasada,
para siempre es de noche: para siempre es el día.

EL HOMBRE NO REPOSA

El hombre no reposa: quien reposa es su traje
cuando, colgado, mece su soledad con viento.
Mas, una vida incógnita como un vago tatuaje
mueve bajo las ropas dejadas un aliento.

El corazón ya cesa de ser flor de oleaje.
La frente ya no rige su potro, el firmamento.
Por más que el cuerpo, ahondando por la quietud, trabaje,
en el central reposo se cierne el movimiento.

No hay muertos. Todo vive: todo late y avanza.
Todo es un soplo extático de actividad moviente.
Piel inferior del hombre, su traje no ha expirado.

Visiblemente inmóvil, el corazón se lanza
a conmover al mundo que recorrió la frente.
Y el universo gira como un pecho pausado.

ETERNA SOMBRA

Yo que creí que la luz era mía
precipitado en la sombra me veo.
Ascua solar, sideral alegría
ígnea de espuma, de luz, de deseo.

Sangre ligera, redonda, granada:
raudo anhelar sin perfil ni penumbra.
Fuera, la luz en la luz sepultada.
Siento que sólo la sombra me alumbra.

Sólo la sombra. Sin astro. Sin cielo.
Seres. Volúmenes. Cuerpos tangibles
dentro del aire que no tiene vuelo,
dentro del árbol de los imposibles.

Cárdenos ceños, pasiones de luto.
Dientes sedientos de ser colorados.
Oscuridad del rencor absoluto.
Cuerpos lo mismo que pozos cegados.

Falta el espacio. Se ha hundido la risa.
Ya no es posible lanzarse a la altura.
El corazón quiere ser más de prisa
fuerza que ensancha la estrecha negrura.

Carne sin norte que va en oleada
hacia la noche siniestra, baldía.
¿Quién es el rayo de sol que la invada?
Busco. No encuentro ni rastro del día.

Sólo el fulgor de los puños cerrados,
el resplandor de los dientes que acechan.

Dientes y puños de todos los lados.
Más que las manos, los montes se estrechan.

Turbia es la lucha sin sed de mañana.
¡Qué lejanía de opacos latidos!
Soy una cárcel con una ventana
ante una gran soledad de rugidos.

Soy una abierta ventana que escucha.
por donde va tenebrosa la vida.
Pero hay un rayo de sol en la lucha
que siempre deja la sombra vencida.

MI CUERPO

Mi cuerpo sin tu cuerpo,
canal que un palo seco,
tendido en una sábana
de mármoles y desiertos.

¡Qué triste un cuerpo solo!

Mi cuerpo sin el tuyo,
como un ojo sin otro,
brumoso de rocío,
temblando siempre otoño.

¡Qué triste un cuerpo solo!

BIOGRAFÍA DEL POETA (1910-1942)

1910. La infancia

Miguel Hernández nació el 30 de octubre del año 1910 en la oriolana calle de San Juan, frente al convento de las monjas clarisas, y vio la luz en el contexto social de una ciudad profundamente marcada por la ortodoxia religiosa. Su padre, Miguel Hernández Sánchez, era tratante de ganado, y su madre, Concepción Gilabert Giner, se ocupaba de las tareas de la casa y del cuidado de sus cuatro hijos, Vicente, Elvira, Miguel y Encarnación.

La ocupación del padre en la compra-venta de cabras y ovejas permitió a la familia una vida sencilla y humilde, pero en ningún caso fronteriza con la miseria y la necesidad. Precisamente esta profesión obligó a la familia del poeta a trasladar su domicilio al número 73 de la calle de Arriba (actual Casa-Museo en Orihuela), antes de los 4 años, y fue aquí, junto a la sierra oriolana, donde Miguel Hernández se inició en el oficio del pastoreo, ayudando en dicha tarea a su hermano Vicente.

La relación de Miguel con su padre fue en todo momento fría y distante, propia de los valores tradicionales que imperaban en aquel momento, basados en la autoridad, la disciplina y la moral católica. En este sentido, Miguel fue víctima desde niño de la insensibilidad paterna

para con su educación y formación cultural e intelectual. Sin embargo, encontró en su madre comprensión, apoyo y afectividad en su papel de mediadora ante la frialdad paterna.

Miguel tuvo muy pocos años de formación escolar. A los 4 años, y durante seis meses, acudió a una guardería-escuela próxima a su nuevo domicilio. A los 8 años logró entrar en las Escuelas del Ave María y a los 12 (curso 1923-24) en el colegio Santo Domingo, pero año y medio después (marzo de 1925) tuvo que abandonar el colegio por imperativo de su padre, para dedicarse entre otras labores al oficio de pastor. No obstante, mantuvo a escondidas su interés por la lectura y la formación cultural, visitando con frecuencia la biblioteca del sacerdote Luis Almarcha, donde conoció y estudió a los clásicos.

1925. Los inicios

Su primera incursión literaria como joven poeta se fecha hacia 1925, y es fiel reflejo de su compromiso con la sencillez del mundo rural que le rodea, el monte, el paisaje, los animales, la huerta, los árboles. Es una poesía colorista, recargada, en donde se aprecia la influencia de la obra de Góngora y de Rubén Darío. Miguel comienza publicando versos en revistas y diarios locales, como *El Pueblo de Orihuela, Voluntad* y *Destellos*, y posteriormente en el diario *La Verdad* de Murcia, donde ve la luz su primer libro poético con el apoyo moral y literario de su amigo Ramón Sijé (Pepe Marín) y financiero del sacerdote Luis Almarcha (425 pesetas de la época). En 1931, la ciudad de Elche (Orfeón ilicitano) le concede su primer y único premio poético, y a finales de dicho año realiza su primer desplazamiento a Madrid, llenó de ilusión, inocente esperanza y necesidad de aventura. El fracaso de este primer viaje le obliga a volver al pueblo con la desilusión debajo del brazo, pero con la certeza de que la poesía es en su vida un camino sin retorno. En

1933 publica ***Perito en Lunas***, que no obtiene el respaldo esperado, y a partir de 1934 visitará Madrid en varias ocasiones, hasta establecerse allí en 1935 en busca del reconocimiento que se le resiste, conocedor de que es en la capital donde se concentra la flor y nata de la literatura del momento. Ya había conocido con anterioridad a Federico García Lorca, e irá conociendo en la capital a Rafael Alberti, Vicente Aleixandre y Pablo Neruda, pero todavía arrastra la influencia católica de su amigo Sijé, y su producción literaria mantiene un marcado acento religioso. En otoño de ese mismo año inicia oficialmente sus relaciones con Josefina Manresa.

En esta época, entre 1933 y 1935, Miguel publica en la revista madrileña *Cruz y Raya*, de José Bergamín, y en la oriolana *El Gallo Crisis*, que dirige su amigo Sijé. Escribe el auto sacramental «***Quien te ha visto y quien te ve, y sombra de lo que eras***», inspirado por la espiritualidad de Calderón, pero, después de varios viajes a Madrid, pronto empieza a asumir como propia la influencia literaria e ideológica de Neruda y de «*La Escuela de Vallecas*» (la pintora Maruja Mallo, y los artistas Benjamín Palencia y Alberto Sánchez).

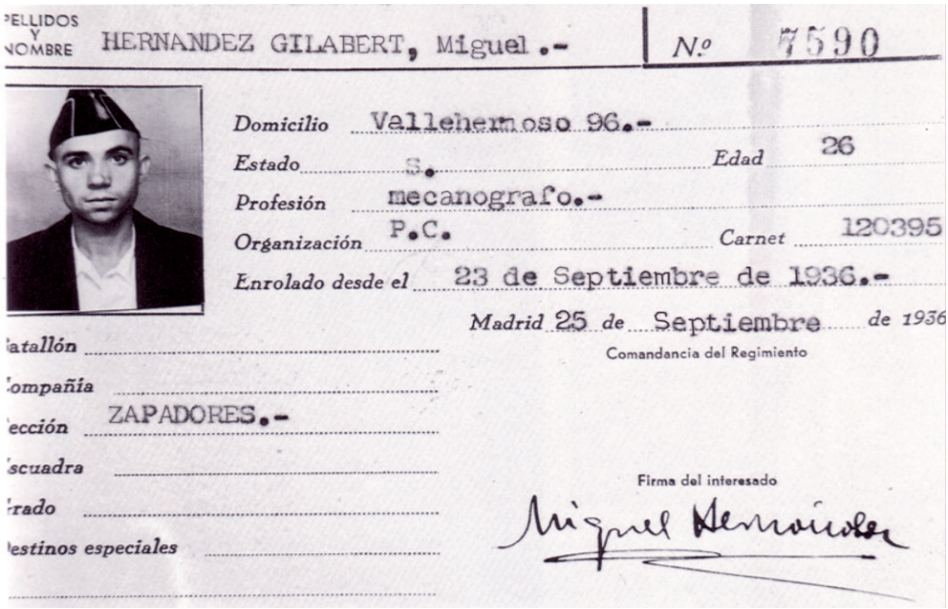
1935. El cambio

Miguel estabiliza durante ese año su presencia en Madrid al conseguir trabajo en la edición de

la enciclopedia *Los Toros*, que el empresario José María de Cossío prepara para Espasa-Calpe, y se adentra en la élite literaria de la Generación del 27 de la mano de Neruda y Aleixandre principalmente, que lo arropan como a un hermano menor. El poeta oriolano consolida su nueva personalidad al descubrir y asumir un nuevo mundo literario e ideológico. Rompe con sus creencias religiosas y evidencia su distanciamiento conceptual respecto de su amigo Sijé. Escribe en esta época ***Los hijos de la piedra***, influido por la estética del Grupo de Vallecas, y va madurando personal y literariamente en el marco de un entorno cultural que le cautiva. De hecho, la aparición del libro de Aleixandre *La destrucción o el amor* causa en Miguel un enorme impacto, y le da pie para adentrarse en uno de los grandes temas hernandianos, el amor. La suma de influjos, sobre todo de los clásicos religiosos, como San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, y también de Quevedo, así como de los contemporáneos, como el futuro premio Nobel Vicente Aleixandre, darán como resultado ***El rayo que no cesa***, un conjunto de sonetos amorosos que constituye uno de los poemarios más bellos de la obra hernandiana. El ambiente cultural de cambio hace mella en el poeta, y ello influye en un progresivo distanciamiento afectivo respecto de Josefina, al tiempo que se le relaciona con la poetisa murciana María Cegarra, y con la pintora Maruja Mallo. A finales de año recibe el mazazo de la muerte de su querido amigo Ramón Sijé, y ello tiene como resultado literario una de las elegías más profundas, dramáticas y desgarradoras de la literatura española, *la Elegía* a Ramón Sijé.

1936. La guerra

Miguel es ya un hombre ideológicamente maduro y políticamente comprometido. Con el estallido de la guerra civil, el poeta se alista en el Ejército de la República, y es nombrado comisario cultural



PELLIDOS Y NOMBRE HERNANDEZ GILABERT, Miguel.- N.º 7590

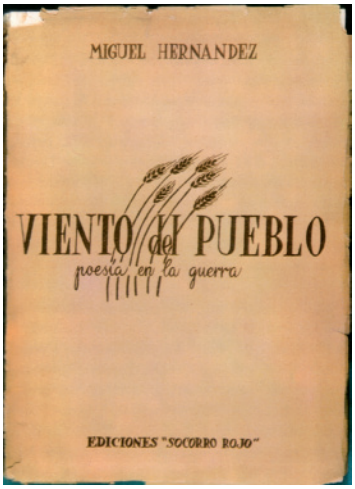
Domicilio Vallehermoso 96.-
Estado S. Edad 26
Profesión mecanografo.-
Organización P.C. Carnet 120395
Enrolado desde el 23 de Septiembre de 1936.-

Madrid 25 de Septiembre de 1936
Comandancia del Regimiento

Batallón
Compañía
Sección ZAPADORES.-
Escuadra
Grado
Destinos especiales

Firma del interesado
Miguel Hernández

en el frente. Se integra en el 5.º Regimiento a las órdenes de *«El Campesino»*, combate en los frentes de Madrid, Andalucía, Extremadura y Aragón, y conoce en las trincheras al brigadista cubano Pablo de la Torriente, a quien dedica una elegía tras su muerte. El 9 de marzo de 1937 contrae matrimonio civil con Josefina Manresa y posteriormente (septiembre del mismo año) realiza un viaje a Rusia como integrante de la delegación española enviada por el Gobierno de la República para asistir al V Festival de Teatro Soviético.



Miguel se convierte en esta época en un poeta de trinchera, social y políticamente comprometido, y ello se refleja en su poesía. En 1937 publica ***Viento del Pueblo*** (dedicado a Vicente Aleixandre), todo un ejemplo de poesía heroica de exaltación popular, mientras que en ***El hombre acecha*** (1939) se vuelve más intimista, y refleja las miserias humanas catapultadas por el dolor, la guerra y el odio. Miguel se repliega sobre sí mismo, y son la soledad y la muerte las que marcan la pauta de su poesía.

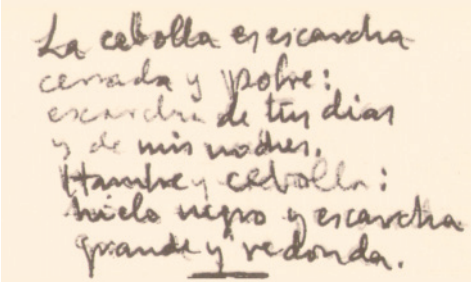
1939. El cautiverio

La última etapa de la vida de Miguel fue un cúmulo de despropósitos que convirtió su existencia en un auténtico calvario. Al desánimo personal (su primer hijo, Manuel Ramón, había muerto en otoño de 1938) se unía el desánimo colectivo (la guerra estaba prácticamente perdida, y el miedo a la muerte y a la represión era más que patente). Es una época de amargura, tan sólo aliviada por la noticia del nacimiento de su segundo hijo, Manuel Miguel.

Su vía crucis personal comienza cuando, finalizada la guerra, intenta escapar a pie por la frontera portuguesa. Es detenido y llevado a la comisaría de Rosal de la Frontera, su primera cárcel. Miguel sufre vejaciones, humillaciones y torturas, e inicia un recorrido carcelario que le lleva a las prisiones de Huelva, Sevilla, Torrijos (Madrid), Orihuela, de nuevo Madrid, Palencia, Ocaña y Alicante. Miguel es condenado a muerte, y posteriormente se le conmutó la pena por la de 30 años de prisión.

A esta etapa pertenece su ***Cancionero y Romancero de Ausencias***, un conjunto poético marcado por la amargura, la soledad y el intimismo. En cautiverio, Miguel escribe hermosísimos poemas, como

«Nanas de la cebolla», dedicado a su hijo. El poema es todo un canto de esperanza y de libertad lanzado al mundo desde una realidad de muerte.


La cebolla es escarcha
cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla:
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

A pesar de las tremendas penalidades físicas padecidas en cautiverio, Miguel Hernández mantuvo siempre una integridad personal y una dignidad moral dignas de elogio (una simple carta de renuncia de sus convicciones políticas y de adhesión al nuevo régimen le hubieran permitido salir de la cárcel y recibir tratamiento médico en un sanatorio).

Miguel Hernández murió el 28 de marzo de 1942 producto del rencor y del olvido. El poeta es hoy en día una referencia ineludible de las letras españolas por su valor literario y humano. Su obra y su ejemplo de vida son reflejo de los grandes valores universales del ser humano: la lucha por la libertad, la justicia social y la solidaridad, ello unido a conductas ante la vida basadas en la sencillez, el esfuerzo personal continuo, el autodidactismo y el compromiso con los más desfavore-

cidos. Es por ello un ejemplo dotado de importante potencial didáctico para ser transmitido a las nuevas generaciones. A esta noble tarea de difusión de un legado literario y personal tan brillante se encomiendan ahora las instituciones y los pueblos de la provincia de Jaén, marcados por «un rayo que no cesa» que traspasa los corazones de los hombres y mujeres que ven la poesía y la cultura como herramientas para mejorar las relaciones humanas.

Francisco Escudero Galante
Gestor cultural del legado hernandiano

ÍNDICE

Páginas

Miguel Hernández renace en Jaén en pleno siglo XXI VII

Agradecimientos familia de Miguel Hernández y Josefina Manresa IX

Miguel Hernández, poeta universal, giennense de adopción . . . XI

Breve antología poética. «Versos de vida, de amor, de muerte». . XXVII

SELECCIÓN DE POEMAS

I.–Versos de vida 3

No sé el nombre de ese pájaro 5
Aprendiz de chivo 7
¡Marzo viene! 9
Lluvia 11
Al partir de su tierra pierde el pastor dos lágrimas. 13
La granada 15
Azahar 17
Plenitud-7. 19
Flor de almendro 21
Rosal-al canto de mayo 23

II.–Versos de amor 25

Tus cartas son un vino 27
Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo 29
Cada vez que te veo entre las flores 31
¿No cesará este rayo que me habita...? 33
Umbrío por la pena, casi bruno 35

Páginas

Tengo estos huesos hechos a las penas 37
Te me mueres de casta y de sencilla. 39
Una querencia tengo por tu acento. 41
No me conformo, no: me desespero 43
Por una senda van los hortelanos. 45
Elegía a Ramón Sijé 47

III.–Versos de lucha 49

Vientos del pueblo me llevan 51
El niño yuntero 55
Jornaleros. 57
Aceituneros 59
Las manos 61
El sudor 63
Andaluzas. 65
Letrilla de una canción de guerra 67
Nacimiento de España 69

IV.–Versos de muerte 71

Canción primera 73
El hambre 75
Las cárceles 77
El tren de los heridos 79
Canción última 81
Ropas con su olor 83
El cementerio está cerca. 85

V.–Versos entre rejas. 87

Llegó tan hondo el beso 89
Llegó con tres heridas. 91
Todas las casas son ojos. 93
Era un hoyo no muy hondo 95
Menos tu vientre 97
Nanas de la cebolla 99

Páginas

No puedo olvidar 103
Tú de blanco, yo de negro 105
Rueda que irás muy lejos 107
Con dos años, dos flores 109
Sonreíd con la alegre tristeza del olivo 111
Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío 113
El hombre no reposa 115
Eterna sombra 117
Mi cuerpo. 119

Biografía del poeta (1910-1942) 121

Este libro, editado por la Diputación Provincial de Jaén,
ha visto la luz el 28 de marzo de 2014, coincidiendo
con el 72º aniversario de la muerte del escritor
de Orihuela, Miguel Hernández, mito
poético universal renacido en
el siglo XXI en el paraíso
interior jiennense.